

JOSÉ LUIS  
TORRES VITOLAS



JOSÉ LUIS  
TORRES VITOLAS



# **DIECINUEVE**

José Luis Torres Vitolas

En las afueras de Madrid, un cuerpo es hallado descuartizado en 19 piezas. Mientras la selección española de fútbol se juega su pase a la final de la Eurocopa, van apareciendo más cadáveres en los cuales el mismo número, el 19, se repite de manera siniestra y brutal. Inmerso en un ambiente totalmente corrupto, en el cual la policía no escapa a la degradación social, el sargento Elejalde se ha propuesto resolver este caso a como dé lugar. Irá hasta donde que haya que llegar, sin importar las consecuencias.

© José Luis Torres Vitolas, 2016.

Siempre el mar  
y ella.

Lado al lado al destino y llora  
y llora. Toda la canción  
cuadrada en tres silencios.

CÉSAR VALLEJO

**UNO**

## Capítulo I

EN breve aparecerá el cuerpo de Ledesma. Es casi una certeza. ¿En cuántos trozos?, se pregunta el sargento Elejalde. ¿Diecinueve tal vez? Quizá más, medita e imagina la sangre dispersa, el caos, el mal olor, los retazos de carne desperdigados.

Exageras, se dice a sí mismo mientras camina lentamente tratando de despejar esa idea. Pero es inútil. Igual, la imagen circula por su cabeza como una serpiente, siseando, arrastrándose entre sus pensamientos: el cadáver de Ledesma boca arriba, sobre el suelo, sus cabellos revueltos, el traje roto, la camisa rasgada, el rostro huesudo destazado a mordiscos, con los ojos abiertos, fijos en ninguna parte.

—Joder —farfulla.

Sus zapatos negros chirrían al alejarse del coche. Sus pies se abren, golpean la acera húmeda y sucia. Pequeños charcos de agua salen de las puertas de algunos comercios y los olores de restos de comida, de frutas o de basura, se mezclan. El sargento prosigue. Ya está acostumbrado a ese conglomerado de aromas que en cierto modo lo hacen sentirse en casa.

Al llegar a la bulliciosa y agitada avenida Marcelo Usera, se detiene un momento y vuelve a pensar en el gilipollas de Ledesma.

—Joder.

Puede haber problemas. Lo sabe, porque es un perfecto idiota que lo echa todo a perder.

Hasta el imbécil del gordo Fernández lo tenía claro. Se lo dijo repetidas veces.

—La va a liar, Elejalde. La va a liar.

Por eso, ahora, resopla irritado. Ledesma, el eterno cabo que no asciende en tantos años —y sobre el que muchos hasta se preguntan cómo llegó a ese escalafón— ya no solo es un lastre, se ha convertido en un problema.



Todavía recuerda cuando, años atrás, se lo endilgaron como compañero. Con su foja de servicios, no lo podía creer. Darle un compañero así era un agravio, una ofensa.

—Mala suerte —el gordo Fernández le palmeó la espalda aquella tarde al enterarse de la noticia. Masticaba su chicle, como siempre.

Susana trató de apaciguarle. Paciencia, le dijo. Tiempo al tiempo. Paciencia, que no hay mal que por bien no venga.

Igual protestó. Hasta acudió al capitán Ramírez para solucionar el asunto. Este lo recibió arrellanado en su cómodo sillón negro, sentado frente a su escritorio, los papeles totalmente ordenados, la foto de la familia sobre la mesa, y allí, sonriente, el niño, el primogénito, dentro de otro marco dorado, solo, de pie, junto a su coche nuevo. Todos allí conocían de sobra al muchacho. Desde chico ya apuntaba maneras y, al crecer, hizo realidad lo que solo parecía una promesa. Una mala promesa.

—¿Qué quiere, Elejalde?

Los ojos apagados, pero alertas, lo escrutaban fijamente.

—¿Qué quiere...?

El sargento empezó. Habló durante algunos minutos, expuso sus argumentos, los refrendó con hechos concretos y enumeró varios incidentes en los cuales el cabo había demostrado su natural incompetencia, pero el rostro del capitán apenas denostaba una impaciencia creciente. Los dedos cruzados, la mirada gris, los bigotes arqueados, permanecieron inánimes hasta que finalmente el capitán le cortó abruptamente la palabra.

—El cabo es su compañero, Elejalde y no hay más que decir.

—Pero...

—Nada de peros... Así que es mejor que se vaya haciendo a la idea.

—No me lo puedo creer —alzó la voz el sargento.

—Pues va empezando —el capitán con el pulgar en la barbilla, el índice frotando sus bigotes poblados.

—Y cómo se supone que voy a...

—¿Qué va a qué, sargento?

—...

—¿Qué va a qué, sargento? —el malhumor amenazante entre los dientes—. ¿Qué va a qué...?

—Nada, capitán.

—Cuidado con sus palabras —levantó el índice y lo mantuvo quieto en el aire.

—Sí, capitán.

—Aquí, entre nosotros, las cosas prístinas. ¿Entiende lo que le digo?  
Repito: Ledesma es su compañero y punto.

—Pero es que...

—¿Lo entiende?

—Sí, capitán.

—¿Y eso va suponer un problema?

—No, capitán.

—Entonces, esta conversación se queda aquí, sargento.

Durante todos estos años Ledesma ha sido una carga, un lastre demasiado pesado. Siempre, a la menor oportunidad, con el más insignificante crimen, ya se le ve con su esmirriado cuerpo arqueado, refundido en los archivos, revisando atestados, marcando todo con post-it de diferentes colores, indagando datos inútiles; para, al final, con una gran cantidad de carpetas en la mano y con el rostro encendido, feliz, abordarle casi en secreto.

—Mire, sargento.

Así empieza siempre el gilipollas y, a continuación, pasa a detallar sus teorías sobre grandes casos, elucubrando e hilvanando hipótesis absurdas. Muchas veces, incluso, el sargento se ha visto obligado a acompañarle para descartar sus pistas disparatadas.

—Joder.

Ya no lo aguanta más. Está hastiado. Hastiado de que el cabo pretenda encontrar en un pandillero muerto o en un simple homicidio por violencia de género, conspiraciones políticas al más alto nivel o lunáticos asesinos en serie dignos de una elucubrada película hollywoodense.

Por eso, en esta ocasión, el sargento le dijo que no contase con él, que ya estaba harto de todas sus idioteces. Que así, lo único que hacía era entorpecer la investigación.

De todas maneras, sabe de sobra que, en un caso tan importante como el de ahora, el cabo puede liarlo todo y causar mil estropicios. Incluso es capaz de arruinar lo que está preparado y listo.

Y debido a ello es que está preocupado. Le extraña que en su teléfono no haya noticias desde el móvil de Ledesma. Ha decidido que no va llamarlo. Sería un grave error. Lo sabe.

El sargento se detiene en medio de la calle. Verifica que no falle la señal de su teléfono. Espera con la vista atenta en la pantalla.

Nada.

—Joder —murmura otra vez al cruzar la esquina.

Ya ha llegado a la avenida Marcelo Usera. El ruido hoy es diferente. Hay

poco tráfico y, a diferencia de otros días, escasas personas deambulan en las aceras. Pequeños grupos de muchachos caminan lanzando cánticos y risas altisonantes. Oeee... Oe oe oeeeeeeeeeeee. Oeee... Oe oe oeeeeeeeeeeee. De las ventanas de los edificios cuelgan varias banderas de España. En las tiendas de electrodomésticos se pueden ver los carteles con múltiples ofertas por la compra de televisores de LCD o de plasma con pantallas enormes de cuarenta o cincuenta pulgadas. Las promesas son diversas, pero muy atractivas y convincentes. Algunas, incluso, aseguran que devolverán todo el dinero por la adquisición del producto si España gana la Eurocopa.

«Si España gana», sonrío el sargento Elejalde porque le causa gracia. De vencer hoy, la selección tendrá que enfrentarse ante Alemania el domingo. Y derrotar al equipo teutón lo ve imposible. A Italia se le superó solo en la tanda de penaltis. Íker Casillas, el portero, fue el héroe. No, contra los germanos no hay opción. Y sabe que los comerciantes opinan lo mismo, de lo contrario no harían tales ofrecimientos. Entiende que cuarenta y cuatro años sin ganar esta contienda les inspiran la confianza suficiente de que sus ofertas llamativas les garantizarán un buen negocio.

Igual, este tema le importa muy poco. Al sargento le preocupa otra cosa. Algo, sin duda, más relevante.

Cruza la calzada y camina en dirección a la avenida Rafaela Ybarra. Al llegar, empuja la puerta de cristal.

—¡Paquito! —Rafa, el barman, sonrío y levanta el brazo para saludarle.

El anciano es de las escasas personas a las que les permite llamarle por su nombre de pila. Le tiene un aprecio especial. El buen viejo había conocido al mismísimo coronel Marcelo Usera —a quien se le debe el nombre de aquel 12º distrito de Madrid— y sabía muchísimas anécdotas del barrio. Como aquella cuando encontraron el cráneo de un enorme elefante del pleistoceno en la avenida Andalucía. Yo tenía dieciséis y estaba en esa cantera. Allí nomás, en Orcasitas, le contaba Rafa al sargento cuando este era un niño. Y él lo miraba sorprendido, escuchando, atendiendo a esa voz del barman que gesticulaba con sus manos, explicando, dibujando en el aire la disposición de los obreros, delimitando dónde estaba la gente curiosa... Varias tardes, mientras le contaba historias, también la pasaban entretenidos con un antiguo juego de mesa. Era uno de guerra que tenía un dado muy especial. Lo usaban en la Antigua Roma, ¿sabes? La voz de Rafa se hacía más grave, misteriosa y enfatizaba: Hay dos dados similares a este en el Museo Británico. Yo los he visto, Paquito. Y él, atento, muy atento, se detenía a observar esa pequeña pieza de veinte caras triangulares, color hueso. Es un icosaedro..., agregaba Rafa, pronunciando esa

palabra sonriente, como si estuviese contento de conocer un término tan poco común, tan extraño. Pero, de aquellos tiempos, hasta ahora, ha pasado ya mucho. Demasiado, tal vez. De vez en cuando, el sargento todavía tira aquel dado que le regaló el barman hace tanto y espera con ansias el número que irá a salir.

—¡Paquito! —repite Rafa. Sonríe, limpia la barra, le muestra un par de asientos libres, sonrío—. Los he reservado para para ti y para Carlitos

—Gracias —responde el sargento y fija la vista en el televisor.

—Acaba de empezar. ¿Una caña, Paquito?

—Sí, pero antes, dime, ¿tienes lo mío? —el sargento se acomoda en la barra.

—Claro, Paquito. Como siempre.

El bar está lleno.

El televisor encendido atrae todas las miradas. España juega de amarillo y Rusia de rojo. Es una semifinal histórica, dicen los comentaristas. Recuerdan el cuatro a uno de la primera fase. Sin embargo, ahora el partido es distinto. Una semifinal es una semifinal, señalan los periodistas, como si ese argumento fuese totalmente rotundo e indiscutible para marcar las diferencias entre un enfrentamiento y otro.

El sargento se acuerda de aquel encuentro de la primera fase. Lo vio también aquí, en este mismo bar, con Ledesma y el gordo Fernández. Aquella vez todavía no sucedía nada. Tres días después empezó todo. Antes del partido contra Suecia. Fue entonces cuando se encontró el cadáver en las afueras de Majadahonda en las orillas del río Guadarrama. Y pocos días más tarde, también el del anciano en Alcalá de Henares.

Como era de esperar, el gordo Fernández puso cara de preocupación y hasta de angustia. En cambio, Ledesma empezó a ponerse ansioso, contento. Inició así el proceso que ya todos le conocían: imaginar teorías descabelladas, construir hipótesis fantasiosas llenas de conspiraciones y crímenes secretos. Pero, de entre todas sus dislocadas ideas, fue una, sobre todo, la que ganó fuerza, la que empezó a copar su atención, sus conversaciones con el sargento. Y sin mediar mayor reflexión de su parte, se volcó por completo a revisar los archivos para desenterrar casos viejos de asesinatos de años atrás. Algunos incluso de los que ya había resuelto como compañero de Elejalde. No le importó haber solucionado antes dichas investigaciones junto al sargento. La idea que tenía en mente parecía mucho mayor que él. Mayúscula.

En cierto modo, el sargento entendía esas ganas de embarcarse en un proyecto superior, más interesante que lo que se veía siempre.

Susana le sugería comprenderlo y él, de verdad, por ella, porque a su lado

también compartía algo trascendente, hizo el esfuerzo.

Pero fue inútil.

La verdad es que Ledesma logra sacarle de sus casillas muy pronto sin siquiera hacer nada. Solo con ver su rostro huesudo, sus dientes torcidos, la nariz gruesa y sus gestos de idiota, bastan para detestarlo.

Y peor ya si le da el «buenos días, sargento».

Tenerlo como compañero le resulta un suplicio. No es un mal tipo, lo reconoce, pero le resulta imposible soportarlo.

Más desde el fallecimiento de Susana.

—Unas aceitunitas, Paquito...

El sargento apenas fija la vista en el barman y observa los pequeños frutos negros dispuestos en el plato. Coge uno. Mastica despacio, sintiendo el sabor agrio esparciéndose dentro de la boca. Respira profundamente y exhala el aire con lentitud. Recuerda a su mujer. Es imposible explicar su desasosiego. Hizo cuanto pudo y ahora está muerta. Ella en todo momento aceptó su destino, pero él no. A él le costó mucho y aún le resulta difícil asumir su ausencia. Desde que se conocieron, supieron que el final sería así, que la vida les mezquinaba solo unos años en común, apenas un lapso de tiempo para vivir al máximo un proyecto vital juntos... Su corazón late con fuerza. A ratos, parece que vive en un limbo infinito y un vacío nuevo, que creía inexistente, despierta, crece... Como nunca, siente un peso enorme que le oprime el pecho. La cabeza le va a estallar. Le cuesta gran esfuerzo estar alerta. Y teme, por eso, despistarse, descuidarse y no quiere hacerlo. Caería en errores y se fallaría no solo a sí mismo, sino también a ella. Estaba orgullosa de él. No. No podía defraudarle. Todos sus casos han terminado siempre con su respectivo culpable bien detenido en prisión y con pruebas irrefutables. Esta vez no será diferente. En absoluto. Por él, por ella, acabará este caso como es debido. Aún a pesar de las estupideces del cabo Ledesma, que va de un lado a otro, merodeando como una enorme mosca inmunda, corrompiéndolo y embrollándolo todo.

Hoy mismo, por la mañana estuvieron hablando y le costó mucho escucharlo pacientemente sin mandarlo a la mierda. Se presentó a eso de las diez de la mañana con su alocada teoría. Como era su costumbre, empezó:

—Mire, sargento —la voz baja, la mirada recelosa hacia los otros escritorios o hacia cualquiera que estuviese caminando a unos pocos metros de distancia.

El cabo tenía varias carpetas regadas encima del escritorio, fotos, atestados, informes. Su esmirriado cuerpo, arqueado sobre el escritorio, sudaba copiosamente.

—¿Para qué has sacado todo esto, Ledesma? —Elejalde se llevó la mano a la frente.

—Es que he notado algo, sargento.

—¿Qué?

El ruido del bar, lo regresa al presente. Los cánticos, las risas, el agitado cruce de voces, gritos y bromas. El televisor encendido y su pantalla grande atraen todas las miradas. Desde sus altavoces y a pesar del bullicio, se impone la voz del narrador que señala que el equipo español implanta su dominio. Torres tiene una oportunidad a los cinco minutos, pero falla. Poco después, Villa realiza un disparo cruzado desde la izquierda que ataja el portero.

—Sargento —empezó Ledesma, la voz baja, la mirada desconfiada en el gordo Fernández y en los demás compañeros que anduviesen cerca—: Hay un asesino en serie.

## Capítulo II

EL cadáver descuartizado encontrado por un ciclista en la zona del Río Guadarrama, a las afueras del municipio de Majadahonda, corresponde a una persona de nacionalidad española de contextura gruesa y de unos 35 años de edad, según las primeras investigaciones. De acuerdo a fuentes oficiales, ha trascendido que el hombre presentaba varias heridas de arma blanca en la cara y en el cuerpo, por lo que se sospecha que fue asesinado a puñaladas antes de ser troceado por sus atacantes.

A tenor de las primeras averiguaciones realizadas, los restos llevaban aproximadamente tres días en aquel lugar, muy cerca de una zona de ocio situada a las orillas del río Guadarrama.

Entre el pasado viernes y el domingo, los agentes de la Guardia Civil volcados en el presente caso, han hallado todas las partes del cuerpo, incluida la cabeza.

### RESTOS

El cuerpo estaba descuartizado en diecinueve partes y el rostro de la víctima se hallaba totalmente desfigurado. También se ha encontrado la mano derecha, por lo que el fallecido podría ser identificado en los próximos días por los antropólogos del Instituto Anatómico Forense.

En cambio, hay otras partes del cuerpo que están muy deterioradas, debido a que han sido devoradas por alimañas. Los restos del cadáver estaban esparcidos en varios metros del lugar del hallazgo, todavía queda pendiente encontrar la totalidad del brazo izquierdo.

En el día de ayer se realizó al cuerpo la autopsia por parte del forense y el antropólogo que han determinado que fue asesinado a puñaladas y luego descuartizado, probablemente con un serrucho.

El pasado viernes, fue un ciclista quien encontró un pie en la citada zona y

alertó a la Guardia Civil.

De inmediato acudieron los agentes quienes hallaron restos del tórax y, a continuación, en la orilla del río, las demás extremidades inferiores y la cabeza del cuerpo.

Los agentes han iniciado las investigaciones buscando entre la lista de personas desaparecidas. También se sospecha que los autores del crimen pueden residir cerca de la zona donde fue descubierto el cadáver.



## Capítulo III

¡JODER!, grita el hombre del bigote y vuelve a golpear la mesa mientras me mira. Su voz ronca de perro rebota en las paredes. Yo me asusto, pero no les importa. Hay más personas conmigo, hablan, sus palabras se superponen y observo sobre la mesa varias fotos. Hay muchas. Están las de un señor que no conozco. Se ve su cabeza, de lado, sobre tierra y matojos. Tiene los ojos abiertos. Da miedo. También hay fotos de «el que vendrá» y de un anciano. Pero yo me fijo más en las imágenes de mi mamá y de mi hermanita. Tienen las caras destrozadas, pero yo las reconozco. No me gusta. Solo hay trozos de ellas, encima de otros papeles. De sus rostros veo más imágenes. De frente, de lado. Con los ojos cerrados, parecen dormidas, quietas. Yo, en cambio, cuando duermo nunca puedo estar quieto, me muevo mucho y me golpeo contra la pared o con la pata de la mesa. No como mi mamá y mi hermanita que están ahí, inmóviles, en esos pedazos cuadrados dispersos sobre la mesa. Están regados en desorden. El brazo de mi mamá se mezcla con la pierna de ese señor que no conozco y cuya cara me da miedo. Hay una parte muy fea, la que es más sucia, desordenada y totalmente roja. Mi hermanita tiene la barriga manchada. Por donde hace pis también. Una foto de mamá muestra parte de su pecho. Está roto y cuelga de lado. Ya no tiene miel. Hay más imágenes de la casa, del salón, de la cocina, de la nevera, de la casita de cartón donde jugábamos mi hermanita y yo, de mis cadenas y de debajo de la mesa que es donde duermo. El hombre del bigote se aproxima otra vez. Respira muy cerca de mí, con las cejas juntas. El aire que bota me golpea la cara. Me mira y me mira y me sigue mirando muy enfadado y yo no puedo dejar de observar esos pelos negros que están debajo de su nariz. Parece como si un montón de patas de araña quisieran entrar en su boca. A mí no me gustan las arañas. No te las puedes comer y cuando pican, se te hace una bola allí donde te han perjudicado. Una vez mi mano se infló, se puso toda enorme y morada y mamá lloraba y lloraba chupándome el veneno.

Ay, ay, decía. También me pegaba, pero suavemente, no como mis papás que cuando me pegan me queda el brazo o la barriga como si me hubiesen picado muchas arañas. Yo tengo muchos papás. Uno alto y flaco que hacía llorar mucho a mamá y que un día, de pronto, nunca más apareció por casa. Ese papá me castigaba con su cinturón. Con la hebilla, me golpeaba en la cabeza o en el lomo. De él fue la idea de que yo durmiese debajo de la mesa. Yo era más pequeño y más inútil y me rajaba fácilmente y me ponía todo rojo enseguida. Con mi otro papá me pusieron los grilletes. Él me daba patadas y puñetes. Nunca usó su cinturón para atizarme y eso estaba bien porque la parte de metal duele que no veas. Más si te cae en la nariz o en el ojo. Ya no me acuerdo cuántos papás tengo. Y yo sé que eso es una suerte porque tener un papá es muy bueno y yo tengo muchos. Más que mi hermanita. Ella solo ha tenido dos. De todos ellos, el que a veces espero que vuelva es el que nunca me rompía la piel. Solo me abofeteaba cuando yo me ponía muy bruto. Pero se fue también así nomás, sin despedirse. Él también hizo llorar mucho a mi mamá, pero solo cuando se fue. En cambio el último papá que tengo hace que mi mamá se ría bastante. Pero eso sí, no hay que fiarse porque es muy severo. Tiene muchas reglas que hay que hacer caso al momento. No me deja levantar la cara. De inmediato me da con el palo. Tampoco me permite asomarme a la ventana. Si no hago caso, zas, me da con fuerza en mis brazos y en la barriga hasta que se me hinchan y se me ponen moradas como cuando me pican las arañas. Con ellas tampoco hay que fiarse, porque puedes hasta jugar cogiéndolas de sus patitas y no se sabe en qué momento ya te pican y te perjudican. Por eso no me gustan las arañas. Y este hombre tiene muchísimas patas negras sobre su boca. Seguro que tiene veneno. Por eso no me fío, aunque se calme a ratos. Además, grita peor que mi último papá. Cuando por las noches mamá me pone el grillete en el cuello, siempre dice que él es bueno y que me llama la atención solo porque me quiere y porque se preocupa. También me indica que él me pega porque le importo mucho, porque si no, le daría igual lo que pudiese sucederme. Y asegura que lo hace porque papá tiene que ser fuerte para que yo pueda corregirme y no haga tonterías. Y yo asiento con la cabeza como diciéndole en silencio, sí, mamá. A ella siempre le creo porque nunca miente. Además, este último papá no me patea todo el tiempo. A veces, cuando se ríe, me da de su comida si me ve merodeando cerca de él. Pero la mayor parte del tiempo no es así. Tiene un palo de madera largo con el que me golpea si me asomo a la ventana o elevo la voz o le miro la cara. Por eso ya no lo hago, porque me da duro y me deja la carne como con muchas picaduras de araña. Yo de él, su cara, ya no recuerdo cómo es. Una vez que él entraba en el edificio, no lo reconocí. Pensé que era uno de esos monstruos malos que están en la calle y que me maltratan por cualquier cosa. Al verlo abrir

la puerta, casi le pego como hago con los gatos. Lo hubiera matado, seguro. Porque sé golpear muy fuerte. Más si tengo miedo. Pero entonces, al saltar para atacarlo, miré sus pies y me detuve. Yo de este último papá, solo conozco sus zapatos. Esos sí que los conozco bien. Son negros y chirrían cuando sube las escaleras. Al andar, sus pies se abren y golpean el piso y cuando me patean, se elevan muy poco y zas, me caen. Duele mucho cuando me reprende con esos zapatos negros que chirrían. Felizmente no le pegué ese día, porque es malo levantarle la mano al papá de uno. Y, seguramente, me habría castigado. Yo creo que él tiene poca paciencia porque está muy cansado. Es que trabaja mucho. Sale temprano cuando todo está oscuro y llega muy tarde, cuando ya estamos dormidos. Hay muchos días que ni viene. Muchos. Y ya oigo cómo mamá le está llamando por teléfono, pidiéndole que venga, y entonces, al poco tiempo, escucho sus pies sonando en los escalones y observo cómo entran por la puerta. Mamá dice que tenemos suerte porque este último papá nunca se emborracha, ni fuma ni se va de juerga con sus amigotes como hacen muchos papás en este mundo. Solo trabaja y trabaja por nosotros para que tengamos casa y comida que es lo más importante. Por eso hay que ser agradecidos, dice y debemos comprender que en ocasiones no esté de buen humor. Así me habla mamá, cuando ya está todo oscuro y duerme mi hermanita, y me acaricia la cabeza y con su voz bajita, muy bajita, me recuesta suavemente sobre ella. Y yo le digo, sí, mamá, con la cabeza, y ella me acaricia bonito y se saca sus pechos grandes y me da su miel dulce mientras me arrulla. Esa miel es solo para mí, y ya no para mi hermanita porque está muy grande. Cuando era pequeña era solo para ella, pero ya no. Ahora es para mí, porque yo necesito alimentarme. Siempre tengo mucha hambre. Todo el tiempo quiero algo porque me suenan las tripas y me duele horrible como cuando papá me patean. Por eso, mamá que es tan buena y sabe cómo sufro, siempre me da su miel. A mí solo. A mí solito. Hay ocasiones, cuando bebo de ella, que mamá cierra los ojos y gime bajito como si tuviese un pequeño dolor. Y hasta he sentido que tiembla un poco. Y yo la miro con pena y me asusto, porque creo que le duele algo, que le hago daño con mis dientes, pero ella me tranquiliza, me hace, shhh, shhh, sigue, sigue, no pasa nada, todo está bien, y me acaricia la cabeza presionándome contra ella fuerte, muy fuerte hasta que se calma. A papá no le gusta que mamá me dé su miel. Una noche me encontró bebiendo y se enfureció. Con la cadena me arrastró del cuello, mientras me iba pateando. Yo vi sus pies como iban delante de mí y sentía el tirón de los grilletes en el cuello que no me dejaba respirar. Me acuerdo que me faltaba aire y yo tosía y tosía mientras él me iba pegando con el palo por todo el cuerpo. Se cuidó no darme en la cabeza, pero sí se detuvo en mi mano izquierda. Desde esa noche la tengo torcida porque me la dejó como una araña aplastada, casi inútil.

Casi, porque me funcionan bien tres dedos. Con ellos puedo hacer de todo. Ahora mamá calcula mejor para darme su miel. Mira bien el reloj y me sonrío. ¿Quieres?, murmura y yo le hago que sí con la cabeza y ella, vamos, solo veinte minutitos. Hay veces que me pongo tan feliz que me da miedo que me dé la locura de reírme. Pero no me da y, por suerte, no me muero ni me pongo morado cuando mamá me va a dar su miel. Yo disfruto mucho cuando ella se recuesta sobre el suelo y me deja beber mejor. Hay veces que de puro contento me hago pis. Entonces mamá me cambia el pañal y me afeita los pelos redondos que tengo allí abajo. ¿De quién es esta trompita de elefante?, se ríe mientras me lava y cuando ya estoy seco y todo limpio, me da besitos allí también. A mamá no le gusta que tenga pelos. Me los quita todos. A pesar de mi tamaño, yo soy como un bebé. No como ese hombre del bigote que me grita y grita y me sigue gritando.

## Capítulo IV

ES el presidente de una diputación, ¿me oyes? ¿Te das cuenta de la suerte que tienes? Deberías de agradecerme como es debido de que te esté llamando a ti y no a otro. ¿Cómo? Por supuesto, joder... Ahora calla y escucha... Shhh... Shhh... No... No. Eso no. He dicho que no, joder. A ver si te callas de una buena vez. Eso. Shhh... Calla... Shhh... Escúchame bien: El trato, exquisito. ¿Entiendes lo que te digo? Exquisito. Sí, claro, va con amigos. O, ¿qué creías, que iba a ir solo? Claro... claro. Por supuesto, joder. A todos, no seas gilipollas. Hay que joderse con las preguntas que haces... No, no serán más de diez. Pero y si fueran veinte, qué más da... ¿Qué? ¡Pero qué dices! ¡Desde luego que invita la casa! ¡Hombre! Este tipo es especial. Especial... ¿Entiendes lo que te digo? Especial. ¿Lo entiendes? Sí, sí, como siempre. Lo que pida es ley... A ver... A ver... ¿Cómo que de qué partido? Joder, macho. Tantos años y no te enteras. España es y será bipartidista. El partido «Hay negocio» o el partido «No hay negocio», ¿entiendes lo que te digo? Bien, bien... Entonces a mover el culo, joder. Ah... Llévale a la rubita, esa, la de Rivas, ya sabes, la que le gusta tanto al gordo Fernández.

## Capítulo V

EL chicle había perdido el sabor, era ya solo una pequeña masa en la boca. De un lado a otro, bajo los molares, los premolares, se deformaba, se deslizaba viscosa sobre la lengua. El chasquido de los dientes y la saliva le acompañaban, como un reloj acuoso que marcaba el poco tiempo que le quedaba. Sintió, de pronto, una punzada en el estómago. Profunda. Luego vino el ardor seguido de un largo traqueteo en el vientre. Coño, murmuró, con la mirada fija en los folios que tenía sobre el escritorio. Todo estaba muy claro. Demasiado. Y eso era nefasto.

Por si acaso, volvió a escrutar los documentos. También los apuntes de sus cuadernos. Su dedo pasó sobre las páginas cuadriculadas, deteniéndose en cada anotación hecha con su caligrafía irregular. Nada relevante tenía guardado en el ordenador. Allí no había rastro de nada comprometedor. Estaba impoluto. De eso se había cuidado siempre. Todo estaba en otra parte, debidamente escrito y claramente clasificado en sus cuadernos azules, muy útiles, pero también fáciles de destruir cuando llegase el momento preciso sin que quedase el menor rastro de nada. Le inquietaba, eso sí, la ausencia de dos de ellos. Los había buscado en los sitios usuales, pero no los pudo encontrar. ¿Dónde, coño, los había puesto? ¿Los habría cogido el niño? Imposible. Deberían de estar por allí, en algún lugar. Guardados seguramente. A buen recaudo. A menudo le pasaba eso. Escondía las cosas y, después, le costaba muchísimo esfuerzo volverlas a encontrar. Estaba seguro que con estos cuadernos le sucedía lo mismo. También echaba en falta algo de su ropa, pero de eso no estaba seguro, porque en cuestión de vestuario, siempre había sido un completo desastre. Pantalones, camisas o ropa interior solían estar regadas en su habitación por semanas. No se preocupó demasiado. En ese instante tenía un problema mayor y no tenía mucho tiempo.

Trató de serenarse. Dejó de masticar un momento el chicle y se estiró sobre su silla giratoria. Aspiró el aire y lo exhaló pesadamente. Por unos segundos, su

mente divagó, se alejó hacia ese edificio blanco, hacia aquella habitación de puertas azules y cortinas de color perla. Pensó en ella, en sus cabellos rubios, en su piel suave, blanca, casi pálida y su pequeño cuerpo cálido, delicioso.

Instantáneamente recordó su rostro, aquella última vez que la vio.

De pronto volvió el dolor en el estómago. Sintió un estertor largo en la barriga. La punzada fue más lacerante que la vez anterior. Luego vino el ardor, el fuego que le horadaba por dentro. Coño. Se quedó un momento inmóvil, los ojos cerrados, el chicle estrujado entre los dientes.

Al rato, lanzó un eructo largo, sonoro, con olor a huevo podrido. Sintió asco.

Vino después un instante de paz.

El ardor fue bajando. El chicle empezó a deslizarse de nuevo bajo los molares, los premolares y los incisivos. Pudo regresar entonces al último de sus cuadernos, el de los datos más recientes. Ahí aparecía muy claro el nombre de Borja González repetidas veces, con las cantidades de dinero, las fechas y las razones de cada transacción. Coño, murmuró al notar, pocas líneas más abajo, el nombre de Héctor Márquez García. Recordó al repulsivo anciano de Alcalá de Henares.

—Es un hijo de puta —apuntó Borja antes de presentárselo—. Pero es de fiar.

—¿Tiene familia?

—Te he dicho que es un hijo de puta.

—¿Tiene o no?

—Un sobrino ex yonki que lo visita a veces. Nada más.

Y sí, Borja tuvo razón. El viejo fue útil. A pesar de sus múltiples taras, de su hablar escupiendo gotitas blancas de espuma, del temblor constante de su cabeza o de esa esperpéntica risa chillona y malhumorada, supo ser discreto y mover el dinero que le enviaban con asombrosa cautela.

Fue una lástima que Borja y el octogenario se volvieran más ambiciosos de lo previsto. Todo podría haber durado más. Unos dos o hasta tres años, quizás. En la organización nadie se habría dado cuenta de nada y habría podido ir maquillando las cosas, dejándolas todo listo para el momento justo de su partida. Ya la tenía incluso prevista, pero ya era inútil. Totalmente inútil.

Lo sabía.

Debía empezar a destruirlo todo y buscar la manera de zafarse completamente de este asunto. ¿Dónde, coño, estarían esos dos cuadernos azules?

La recordó a ella otra vez, sus cabellos dorados, aquel edificio blanco, la

habitación de puertas azules y cortinas color perla. Volvió el infierno en el estómago.

El gordo Fernández resopló agitado.

Cerró los ojos.

Pensó en los cadáveres y se dio cuenta de que tenía todavía una salida. Una sola. Había uno más que debería morir.



## Capítulo VI

—NO hables, ¿vale?

—Pero...

—Shhh... Shhh...

—Esto, por ahora, será entre nosotros.

—Yo solo...

—Shhh... Shhh... Solo escucha.

—Pero...

—Shhh... Shhh... No entiendes, ¿verdad?

—...

—Eso. Muy bien.

—...

—Cuanto antes acabemos, mejor.

—Es un error.

—¿Cómo?

—Que es un error.

—¿Me estás tomando por un gilipollas o es una amenaza?

—...

—Responde. Porque aquí yo solo veo a un hijo de puta que está muy jodido.

## Capítulo VII

LOS restos de Héctor M. G., de 80 años, fueron hallados en su piso ubicado en la calle Gil de Hontañón 147, Bajo °A, de la localidad de Alcalá de Henares según ha confirmado una portavoz de la Guardia Civil.

Los restos humanos fueron encontrados por un familiar de la víctima quien acudió al citado domicilio alrededor de las seis de la tarde del día de ayer. Al cruzar el portal del edificio, en la entrada de la vivienda, tocó el timbre repetidas veces. Como nadie contestaba a las llamadas, decidió entrar en el piso con la llave extra que llevaba consigo. Fue en ese momento cuando se encontró con que el salón tenía los muebles movidos, arrimados contra las paredes. Ante este hecho, el familiar buscó de inmediato a Héctor M. G en su dormitorio donde descubrió las bolsas que contenían los restos humanos. Fue entonces cuando avisó de inmediato a los servicios de emergencia.

Hasta cinco coches de la Guardia Civil acudieron, así como agentes de Homicidios y de la Policía Científica.

El cuerpo estaba seccionado y distribuido en tres bolsas de plástico. Al proceder a abrirlas, los funcionarios descubrieron las diferentes partes del cadáver divididas en diecinueve piezas. Les llamó la atención la ausencia de sangre en el interior. Además, junto a los restos no había ninguna prenda de vestir. Esto les hace pensar que el asesino o asesinos primero mataron al anciano y luego lo descuartizaron. Además, por el tipo de corte que presenta el cuerpo, los encargados de seccionarlo lo hicieron con una sierra, según sospechan fuentes policiales.

Los agentes interrogaron a varios vecinos por si habían visto algo extraño. Además, pidieron las imágenes de las cámaras de seguridad de la zona para ver si alguna de ellas ha podido captar quién o quiénes ejecutaron el crimen.

El médico legista que actuó en el levantamiento del cadáver, dijo que el anciano tenía unas 24 horas de muerto, por lo que recomendó una necropsia al

cadáver que fue trasladado a la morgue y luego al Instituto de Patología Forense.

Los agentes, de momento, mantienen abiertas todas las hipótesis sobre este crimen.

## Capítulo VIII

LA intuición sobre Ledesma persiste. Regresan a la mente del sargento Elejalde las imágenes de las bolsas de plástico con los restos.

—¡Joder! —murmura otra vez al revisar su móvil.

Suspira fastidiado. Ha decidido que no va a llamar al cabo y no va a hacerlo. No. En absoluto. Él sabe mantener su palabra.

La gente grita, festeja.

Unos jóvenes que están cerca, son muy bulliciosos. Sus rostros le parecen conocidos. Tiene la absoluta certeza de que los ha visto antes. ¿Dónde? ¿Son amigos del niño? No está seguro. Duda. Los mira con recelo. Sus gestos y ademanes están llenos de aspavientos.

—¡Mierda! Faltó poco —grita uno de ellos.

—¡Ten cuidado, que casi me tiras la caña!

—Bueno, troncos. ¿Después nos vamos de marcha, no?

—Mirad, mirad... Xavi la tiene. ¡Cooooño!

—¿Nos vamos o no?

El sargento vuelve a ver su móvil. Tiene un extraño presentimiento. Con los años ha aprendido a no desestimarlos. Forman parte de su olfato, del buen destino que han tenido sus investigaciones. Aunque ahora es distinto. Si el móvil de Ledesma hubiese dado señales de vida, no estaría inquieto. Exageras, se vuelve a decir a sí mismo. Trata de serenarse. Tiempo al tiempo. Paciencia, paciencia. Piensa en su mujer. La echa de menos. Una vez más siente el vacío que lo inunda. Hace un esfuerzo por distraerse, por pensar en otra cosa. Mira la televisión, su cerveza, la televisión. Repasa la investigación principal de los cuatro cadáveres, por si se le ha ido alguna cosa. Pero no, nada.

Revisa su móvil.

—Joder —murmura.

Paciencia, paciencia.

Vuelve a recordar la conversación con Ledesma. Está harto de que invente grandes teorías de la nada, buscando ese descomunal caso que, de resolverlo, lo convertirá en alguien importante.

—¿Un asesino en serie? —cruzó los brazos al mirar lo que el cabo le iba mostrando—. Joder, Ledesma, tenemos cuatro muertos descuartizados en estos últimos días. ¿Tú qué crees que es?

—Sí, sargento, pero...

—Pero, ¿qué?

—Lo que quiero decir, sargento, es que ha matado antes.

—¿Antes?

—Durante varios años.

¡Eeeeh!, estalla de improviso el grito unánime en el bar.

Es el minuto catorce. ¡Penalti a Torres! Pero no, el árbitro no lo pita. Hay malestar generalizado. Las imágenes repiten en cámara lenta cómo el jugador ruso estira el brazo y golpea el cuello del delantero español.

—Mire, sargento. He encontrado una relación —el cabo le alcanzó una carpeta.

—Pero, si esto es del año pasado. ¡Joder!

—...

—Y el culpable está en la cárcel. Lo detuvimos juntos, ¿no recuerdas?

—¡Es penalti, tronco!

—¡Pero si está clarísimo, joder!

—¡Y una mierda que no lo ha visto!

—¡Ese árbitro es un tonto del culo!

Silbidos, gritos.

El tiempo transcurre y nada. En el primer partido contra Rusia, a estas alturas ya habían hecho un gol, pero ahora se llega, se domina con superioridad, se ataca aunque sin alcanzar el objetivo.

—Claro, sargento —el cabo insistía, la carpeta abierta, su dedo huesudo señalando unas líneas impresas—, mire, el novio está en la cárcel, pero...

—Pero, ¿qué...?

—La mujer tenía diecinueve cortes.

—Puñaladas, Ledesma. Puñaladas. El tipo la mató a puñaladas y lo prendimos.

—¿Otra caña, Paquito?

—Primero quiero lo mío, Rafa.

—Está bien, Paquito. Ahora te lo traigo.

Él asiente y observa cómo Rafa le sirve rápidamente otro vaso lleno y espumeante. Al lado coloca un sobre blanco cerrado, abultado que el sargento guarda de inmediato. Son las cuotas que debe cobrar. Le costó mucho ser el encargado de esta zona. El gordo Fernández también la quería y mantuvieron una larga disputa. Cada uno movió sus fichas y él finalmente se impuso. Una victoria pírrica en realidad, pues tuvo que ceder otros territorios a su cargo y dejar que le asignasen algunos más alejados, como el de Rivas Vaciamadrid. Era injusto. Pero era mejor que él le cobrase a Rafa y no el gordo. Este sitio lo conoce muy bien. Mucho.

Mira el reloj. Se impacienta.

Recuerda a al cabo otra vez.

—Pero eran diecinueve puñaladas, sargento...

—¿Y qué?

—Diecinueve. ¿Se da cuenta?

—¿Está todo, Rafa? —se palmea el pecho, el bolsillo interior de la chaqueta.

—Claro, Paquito.

Bebe.

La cerveza está muy fría. Estupenda para este calor. Afuera ya ha oscurecido y las luces de la calle entran por la amplia ventana.

—Mire este otro caso, sargento.

Ledesma tenía abierta una carpeta amarilla llena de folios ordenados con post-it de diferentes colores. Bajo la luz de las ventanas, la sombra de ambos formaba una sola mancha sobre el escritorio.

—¿Cuál?

—Este. Es de hace tres años.

El sargento apenas mira el partido. Los chicos que están a su lado, hablan a gritos.

De pronto, uno dice:

—¿Habéis visto lo de la niña que apareció por aquí?

—Qué mal rollo, tronco.

—¿Y lo del muerto en Majadahonda?

—En pedazos, joder.

En su cabeza reaparecen los asesinatos de estas dos semanas. Van cuatro cadáveres. Tres de ellos descuartizados. De la última, la víctima hallada en Arganda del Rey, incluso faltan restos de su cuerpo y aún no los encuentran.

Sabe que aparecerán muy pronto. Está seguro. De pronto, el recuerdo de su mujer le remece como un puñetazo brutal en el estómago. Cuánta falta le hace. Mucho más ahora. Intenta, una vez más, no dejarse abrumar por ese vacío que a veces lo absorbe. No debe distraerse. Tiene que estar concentrado. Lo sabe. Por ella, por él. De nuevo, mira su reloj. Piensa en el cabo.

—¿De hace tres años, Ledesma?

—Sí, sargento. Mire.

Contra su costumbre, el infeliz lleva varias horas en silencio y no hay ninguna señal más de su móvil desde que cortaron la comunicación. Es consciente de que no debió dejarlo ir solo, que debió acompañarlo. Estar con él, a su lado, por las dudas. Ledesma es esmirriado y frágil. En cierta ocasión, hasta un chico de trece años lo redujo a golpes. Y el chaval de aquel entonces no es que fuese extremadamente fuerte... Pero, uno nunca sabe. Cada situación es diferente. Algo podría salir mal. Porque si de algo estaba seguro, es que el cabo podría estropearlo todo, como siempre. Tuvo la repentina necesidad de salir del bar e ir en su búsqueda, pero se contuvo, no tenía sentido. Ya no.

—Ledesma, esto que me muestras fue un ajuste de cuentas...

—...

—Además, es un tema de drogas y figura como caso cerrado también. ¿O no sabes leer?

—Observe cuántos tiros recibió la víctima, sargento...

La intuición persiste.

Tiempo al tiempo. Paciencia, paciencia.

Exageras, se repite de nuevo. En la mente visualiza el cuerpo de Ledesma destrozado, el cabello de paja revuelto y la boca torcida, enfatizando en el rostro sus gestos de imbécil.

—Joder —murmura.

Revisa el teléfono. Nada.

Bebe otro sorbo de cerveza.

En la pantalla del televisor, el balón rota, los jugadores españoles tocan con bastante precisión y rapidez.

—Troncos, saltad.

—Va a ser que no, tío.

—He encontrado otros casos más, sargento. Me ha costado mucho trabajo.

—¡Joder! Todos los que tienes allí, en el escritorio, están cerrados, Ledesma. ¡Cerrados!

El narrador se exalta, grita muy animado: Xavi pasa a Villa, este corre, ve a Iniestaaaaa...

—¡Saltad, troncos! ¡Yo soy español, español, español! ¡Yo soy español, español, español! ¡Yo soy espa...!

—Yo flipo con este chaval —ríe uno del grupo.

—¡Yo soy español, español, español! ¡Yo soy español, español, español!

El barman se aproxima. Limpia la barra. Sonríe, duda, sonrío.

—¿Estaba completo, Paquito?

—¿Crees que lo iba a contar aquí y ahora?

—Claro que no, Paquito. Pero está todo. En serio.

—Si no, no sería mi problema, Rafa. Lo sabes.

El sargento mira cómo el barman se aleja. Le afectaría mucho que le ocurriese algo a él o a su establecimiento por una estupidez. Si sucediese, lo ayudaría, claro, pero tampoco podría hacer mucho. Así son las cosas. Algunas tardes de su infancia la pasó con ese buen hombre, mientras su madre trabajaba limpiando pisos. Además, fue Rafa quien le regaló ese dado tan especial y que aún conserva casi como amuleto. El icosaedro color hueso. Sí, sin duda, le afectaría que le sucediese una desgracia por no cumplir a tiempo. Tienen un vínculo de muchos años en este barrio. Muchos. Y también está la costumbre de venir aquí a beber un rato. Entonces, por las dudas, Elejalde se palmea el pecho palpando el sobre por encima de su chaqueta. Sí, parece que la cuota está completa.

—El caso más antiguo que he encontrado es de junio del 2000, sargento.

—¿Del 2000? ¿De hace ocho años?

—Sí, sargento.

—Joder, Ledesma. ¡Son ocho años!

—Es un bebé, sargento. Descuartizado también. En diecinueve partes.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos investigando ahora, Ledesma?

—El número, sargento. El número otra vez. ¿Lo ve?



**DOS**

## Capítulo I

SEIS. Siete... Ocho.

Te detienes. Miras el reloj. Observas cómo el segundero gira.

La madrugada se hace muy larga.

La mano y la muñeca te duelen ligeramente. Prefieres descansar un momento.

Hace un poco de calor.

El esfuerzo te da sed y te sirves un vaso de limonada.

Bebes.

Recuerdas al tipo.

Estaba sentado, allí, adelante, en aquella silla de madera. Era asqueroso ver al infeliz que, jadeando, hablaba entre hipos y babas. A ratos abría su enorme boca para escupir palabras que apenas podían entenderse. Su respiración agitada resonaba vencida. Tardó mucho en convencerse de lo inútil que resultaba gritar, hasta que de su voz solo quedó un sonido hueco, metálico y rasposo.

Por momentos, también tenía ligeros estertores e intentaba arrancarse las cuerdas que lo mantenían preso.

Pronto sus piernas flacas empezaron a temblar con estrépito y te dio mucho asco descubrir que se había meado encima.

Le gritaste tu desprecio.

Él lloró más y viste cómo el moco líquido se descolgaba de su nariz. Te repelió más.

Pero ese mal rato ya ha pasado.

Ahora todo está en calma.

Vuelves a contar las partes que llevas. Bisbiseas los números: ...seis, siete, ocho.

Abres y cierras el puño, estiras los dedos nuevamente y miras el reloj.

Decides que el descanso ha terminado y que es momento de continuar.  
Entonces, coges la sierra y empiezas a cortarle uno de los tobillos.  
Nueve.

## Capítulo II

**J**ODER mañana se lo diré joder no importa si él ya lo sabe joder seguro que ya lo sabe joder lo sabe lo sabe mejor así mejor hablar él sabra qué hacer contigo hijo de puta mañana se lo diré joder después de que aparezca el cuerpo de Ledesma.

## Capítulo III

EL hombre del bigote está enfadado. Las manos las mueve como hachas en el aire, las hace girar, me señala, golpea la mesa donde están los trocitos de imágenes de mamá y de mi hermanita. Me muestra la foto de otro hombre. Es un rostro que me mira de frente. Tiene el pelo blanco y muchas arrugas, la nariz delgada. Monstruo, me grita el hombre del bigote y pequeñas gotitas de su saliva me caen en la cara. Como si fuese una pequeña lluvia. A mí me gusta cuando el cielo se pone oscuro y cae mucha agua de arriba. El techo retumba pum, pum, pum, rapidísimo, como suena mi corazón cuando estoy corriendo. Y yo me pongo muy contento porque solo en esos momentos puedo asomarme a la ventana sin que papá me pegue. Veo la calle, los paraguas o a la gente agachada corriendo. Aunque por donde estamos no pasan muchas personas y cuesta mirar al fondo, igual me gusta. Si caen muchas gotas nadie mira hacia arriba, donde yo estoy. Y es entonces cuando mi hermanita me enseña dónde está su cole o el edificio blanco donde trabaja los viernes. Con su dedo también me señala el parque en el que se entretiene con sus amigas y me dice que algún día me va a llevar con ella. Está un poco lejos y cuesta ubicarlo con los ojos así nomás entre tanta agua, pero yo sigo el dedo de mi hermanita y veo los árboles y los juegos. La resbaladera, los columpios... y le sonrío porque yo pienso que allí sí sería muy divertido jugar al escondite, porque aquí, en la casa, no se puede. Es pequeña y no consigo ocultarme bien. Ni detrás de las cortinas ni de los sillones o los armarios. Me apretujo y me doblo y me quedo calladito, calladito, pero no sirve, mi hermanita se ríe y me dice que se me ve en el acto. Ella es muy lista y logra atraparme rapidísimo. Yo sé también que es porque soy muy grande y el bulto que hace mi cuerpo se nota enseguida. Mamá dice que es una suerte que en el edificio no viva nadie más que nosotros. Y yo le respondo que sí con la cabeza, porque al menos así puedo jugar en las escaleras con mi hermanita. Como son de madera suenan mucho como tambores, sobre todo cuando yo salto.

En los otros departamentos no nos metemos porque son tramposos. Los suelos tienen huecos enormes y me he caído dos veces. La primera vez explorando y la segunda vez, por ver en qué lugar me había resbalado la ocasión anterior. Felizmente tengo la cabeza muy dura. Aguanta muchos golpes. A mí me agrada darle con mi frente a las paredes o a las puertas. En el Primero A hice dos hoyos enormes. Golpeé y golpeé hasta que empecé a sentir un sonido fuerte. Algo así como diiiiiiiing. Se me taparon los oídos y todo se puso raro, como muy lento. Y entonces, zas, cayó parte del muro y vi el hueco en forma de huevo. En otra pared hice lo mismo y por la noche me quedó doliendo la cabeza. En el Tercero C, con mi frente derribé unos armarios, pero la madera me hizo daño y tardé mucho en sanarme. Es malo cortarse el cuerpo porque duele. Claro, depende de dónde te haces las rajaduras, pero igual siempre lastima. Lo peor es que si me hago mucho daño, mamá no me da su miel y eso no me gusta. Y mi hermanita tampoco juega conmigo ni me muestra nada por la ventana si acaso llueve. Y yo me quedo solo bajo la mesa de la cocina, pensando y pensando en la miel y en el agua que cae del cielo. Dentro de todo, lo bueno es que si papá me ve perjudicado no me pega. Eso es lo único que me agrada porque cuando él me castiga mi cuerpo tarda más tiempo en sanar. Más que cuando me caí por el hueco del segundo hasta el bajo o cuando rompí los armarios con la cabeza. Pero igual, quedarme sin miel, sin juegos y sin ventana, me entristece y eso me da más hambre. Yo siempre tengo mucha. Muchísima. Mamá dice que no sabe por qué como tanto. Lo que me dan no alcanza. En mi plato, debajo de la mesa, cerca de la pared y de una de las patas tengo mis vasijas de agua y de comida. Son grandes, pero no me bastan. Siempre pido más y cuando termino ya estoy merodeando cerca de ellos. A papá ni le miro, pero me acerco a sus zapatos y gimo para ver si me da algo. Mi hermanita siempre me comparte un poco de lo que ella tiene. Yo no sé por qué soy así de hambriento. Mamá dice que hace varios años me escapé del edificio y que corrí por la calle y que maté dos perros. Me contó que me encontraron comiéndolos, con la boca llena de pelos y sangre. Yo no me acuerdo. Debió ser hace mucho, cuando tenía el cuerpo más flaco y más pequeño. Felizmente nadie te vio, dice mamá y suspira contenta llena de alivio. Y yo también me alegro porque la calle es peligrosa. Hay cada demonio, se persigna mamá y yo cuando la oigo hablar así me acurruco a sus pies. Por eso a mí no me gusta salir, aunque tenga mucha hambre. Pero sí he salido, escondido, buscando más comida. Y como mamá nunca miente, ha pasado lo que ella me ha dicho. Hay gente que grita y te tira piedras por nada, ni les da pena que gimas. También te agarran entre varios y te atan con cuerdas solo para reírse. Por eso mi otro papá me hizo poner los grilletes. De esas veces sí que me acuerdo, pero de la ocasión cuando comí perros, no. Ahora ya no recuerdo a qué

sabe un perro y me da mucha curiosidad. Si me comí dos, seguro que esa carne debe ser deliciosa. Hay veces que suenan tanto mis tripas que me entran unas ganas muy grandes de comer perros porque son enormes. Claro, hay de todos los tamaños, pero los que yo quiero son esos gordos que pasean en el descampado que rodea nuestro edificio. Pero igual, aunque las tripas me truenen, ya no salgo. Por eso prefiero ir a buscar en los otros pisos del bajo. Entre los escombros, cerca de las escaleras, con una tabla, espero y espero quietecito, hasta que un gato se confía y pasa cerca de mí. Entonces, zas, le aplasto la cabeza. Hay que darles muy fuerte para que se queden allí nomás, quietos. Si no se hace así, siguen moviéndose y te rajan la piel con las garras y tienes que golpearlos más. Lo mejor es darles un solo golpe muy fuerte. Su carne me sacia un poco y la sangre caliente no sabe mal. Tiene buen sabor, aunque eso sí, no se parece a la miel de mamá. He comido también cucarachas. Son crocantes, saladas y muy viscosas. Hincan un poco en la boca y hay que masticarlas muy bien porque si no, raspan en la garganta. Pero a ellas no las cazo. No hace falta. Cuando estoy en mi sitio, muy quietecito, zas, de pronto pasan corriendo cerca de mí o debajo de mi manta. Pero ellas no me llenan. Por eso mamá dice que hay que comprender por qué papá trabaja tanto y por qué también mi hermanita debe trabajar también los viernes en ese edificio blanco que está a unas calles de aquí. La comida y la casa es lo más importante dice y yo le entiendo. Yo, como no puedo salir del edificio, limpio el piso con trapo. También aseo las escaleras y me deshago de los bichos. Bueno, me los como. A las ratas no las devoro. Me dan asco. No hay muchas porque me las arreglo para espantarlas. Deben creer que soy el gato más enorme que han visto. Una mañana una se puso delante de mí con los pelos en alto y la cola tensa, lista para atacarme. Me mostró los colmillos y hasta chilló en lugar de escapar como las otras. No la maté, pero con mi tabla le di un buen golpe hasta obligarla a huir detrás de un hoyo. Aquí todos ponemos nuestro granito de arena, como dice mamá. Todos, porque nos queremos bastante y porque es necesario para que nada nos falte. Ni comida, ni un lugar donde guarecernos. Mi hermanita también se esfuerza. Y cada viernes, sin faltar uno, después del cole, regresa, deja su mochila, se pone su faldita corta y sale con mamá a trabajar. Solo cuando llueve puedo asomarme para verlas alejarse con el paraguas. Y le digo adiós, hermanita, adiós, y ella me devuelve el gesto con la mano y me sonrío bonito, antes de irse a encontrar con esos hombres que, como dice mamá, felizmente quieren mucho a mi hermanita, y la esperan y la buscan a pesar de que llueva. Y yo me quedo mirando con la cara en el cristal, sintiendo el frío y deseando que no tarden demasiado en regresar de ese edificio blanco como el azúcar.

## Capítulo IV

LAS nubes cubren el cielo oscuro. Apenas se ven estrellas. Casi todo es negro.

Lejos, hacia el lado derecho de la carretera, las luces de las casas y de los comercios de Majadahonda alumbran ligeramente la noche. Hay pocos autos. Unos cuantos camiones y turismos. Conduces con calma. Afuera el viento va con algo de fuerza. Por momentos sientes cómo empuja el coche. Pronto lloverá, piensas. Mañana por la mañana, si se cumple lo dicho en el telediario.

Avanzas.

Tomas la salida y emprendes el último tramo. Sientes cómo al motor le cuesta recorrer esta subida. Pero sabes que cumplirá. Nunca te ha fallado. Es verdad que en esta última década ha recibido cada vez más mantenimiento, pero jamás te ha dejado en medio de la carretera o en la calle.

Te distraes recordando los años que lleva contigo y las muchas historias que guarda.

Afuera, todo está cada vez más oscuro. Divisas el cúmulo de árboles y sabes que ya estás cerca. Te desvías por un camino angosto de tierra.

Tardas pocos minutos en llegar a tu destino.

Aparcas y bajas rápidamente.

Te ajustas la chaqueta y te colocas los guantes. También te pones bien el chubasquero, por si acaso. No quieres ensuciarte.

Sabes que tienes poco tiempo.

Abres el capó y vas tirando las piezas muy separadas unas de otras.

El tórax es lo que te cuesta más esfuerzo. Felizmente eres fuerte. Pero no puedes arrojarlo muy lejos y lo escondes entre unos matorrales.

En el capó queda todavía todo el brazo izquierdo.

Sabes que él se enfadará, pero no te importa. Es un capricho que guardarás en la nevera.



Vuelves al coche y emprendes el regreso.

Mañana lo lavarás, piensas.

Cuando estás de nuevo en la carretera, te alegras de tener este auto.

Avanzas casi a solas por la autopista, mientras, arriba, las nubes van cubriendo cada vez más el cielo.

## Capítulo V

CLARO, je, je... Como digo todo el tiempo, las cosas prístinas siempre, señor... No, no, por supuesto que no. En absoluto... ¿Entonces todo salió...? Ja, ja... Me alegra oírlo, señor. ¿Cómo? Ah, sí, sí... Hablan maravillas de esa rubita. No, yo no. Todavía, je, je... No, ahora no puedo ir... Estamos con lo del muerto en Majadahonda. Un follón. Exacto. El de las noticias. En pedazos, eso... Joder, ni siquiera sé si podremos ver el partido de esta tarde. Sí, seguro que le ganamos a Suecia. Claro, claro, entiendo. A ver, dígame... Ah... Estoy en ello, señor. Sí, me he dado cuenta. Estoy en ello. En serio. Yo, personalmente me estoy haciendo cargo... Desde luego... No, no, señor. Con todos estos años cómo puede decir eso... Entiendo. Entiendo... No, si yo me estoy haciendo cargo, ya le digo. El hijo de puta ese que nos está jodiendo, cae. Se lo prometo.

## Capítulo VI

EN una silla, esperas el instante que tanto te gusta.

Aguardas.

Paciencia. Paciencia.

Tu vista repasa su cuerpo y sabes ahora ya que era más débil de lo que habías previsto. Te sorprendió la escasa resistencia que opuso. Incluso hasta se dejó llevar mansamente al dormitorio.

En cierto modo resultó aburrido. Bastaron dos golpes y cayó pronto. Al principio, lo miraste echado sobre la cama. Su apariencia ostentaba cierto aire de grandeza y de dignidad. A pesar de la edad avanzada, su rostro era bello, tenía rasgos apacibles y muy armoniosos. Sin embargo, difería mucho del hombre que era cuando estaba despierto.

Lo sabías.

Lo habías seguido previamente.

A diferencia de ahora, cuando estaba consciente era bastante repulsivo. Al hablar, tanto en broma como en serio, le afeaban sus diferentes taras: una risa chillona y desagradable, una cólera más repulsiva aún, que le hacía echar espumarajos por la boca, un insoportable balbuceo y una continua agitación de la cabeza que crecía al ocuparse en cualquier cosa por insignificante que fuese.

Lo viste varias veces, en la calle, en el parque dando de comer a las palomas, comprando el periódico o hasta bebiendo un café en el bar de la avenida Juan de Austria.

Sin mujer, sin hijos, con solo un sobrino ex yonki que lo visitaba todos los lunes por la tarde. Conocías su rutina y sabías claramente cómo proceder.

Por eso, ahora que estás a solas con el anciano, como es tu costumbre, aguardas pacientemente ese instante ínfimo, postrero. Observas sus pequeños espasmos hasta que se queda inmóvil. Entonces aproximas tu rostro al suyo y sientes ese último aire tibio, exangüe que sale de su cuerpo.

## Capítulo VII

- ME alegra oírte decir eso.
- Lo digo en serio.
- Perfecto. Ahora veamos nuestros asuntos.
- Está bien.
- Aquí, ya sabes, cada uno con lo suyo.
- ...
- ¿De acuerdo?
- Sí.
- Perfecto.
- Pero...
- Shhh... Solo escucha.
- ...
- Yo solo quiero ayudarte. ¿Entiendes lo que te digo?
- Sí.
- Esto también me afecta mí, ¿te das cuenta, no?
- Es que...
- Shhh... ¡Joder!
- ...
- A ver, empecemos, ¿dónde está el resto del dinero?

## Capítulo VIII

EL 21 de junio de 2008, poco antes de morir en el mismo Volkswagen azul en el cual había sido concebida, Susana García no pudo evitar el recuerdo de aquella lejana historia que tanto le gustaba a su padre. En ese tiempo el auto era casi nuevo, acabado de pagar a plazos, en cómodas cuotas que él había cancelado religiosamente durante varios años. Podía faltar para comprar ropa nueva, la comida o hasta la medicina, pero la cantidad reservada para el coche era sagrada. Y su padre se esmeraba en cuidarlo, en mantenerlo impoluto, limpiándolo, protegiendo el tapiz, buscando durante bastante tiempo al técnico que sería a la larga el que velaría por el buen mantenimiento del vehículo con los años. Algo así como su mecánico de cabecera. Y el coche respondió con creces a tanto mimo.

Fue todo tan duro, suspiraba su madre cuando se remontaba a aquellos tiempos. Y se persignaba, porque siempre lo hacía cuando hablaba de esas épocas de escasez y de sacrificios. Épocas en las que vivían en la casa de su pueblo y en las que su único lujo era salir a pasear los domingos hacia un pequeño bosque por el que pasaba un río más lleno de piedras que de agua. Y entonces, aquellos lejanos días se levantaban temprano, se aseaban con una prisa ansiosa y preparaban los refrigerios. Todo, después, lo acomodaban en el coche y partían levantando una pequeña humareda de polvo.

Era, en ese momento, cuando ya estaban juntos y dispuestos cada uno en sus respectivos asientos, que su padre empezaba:

—Mamá, cuéntate una... Una de las que tú sabes.

Y de todas las historias que contaba la madre de Susana, la que su padre siempre pedía es la que más tiempo tardó ella en relatar.

Lo hizo cuando Susana cumplió los once años.

Ese día habían parado dos veces en el camino porque había llovido el día anterior y hubo problemas en la carretera de tierra. Enfangada y con grandes

tramos hundidos bajo enormes charcos de agua, no les quedó otra alternativa que avanzar muy lentamente, siguiendo la procesión de coches que iban despacio.

Y fue aquella vez, mientras esperaban a que pudiesen reemprender la marcha, cuando la madre de Susana empezó a hablar.

Con su voz ronca, sabía marcar los énfasis adecuados para que sus relatos fuesen más intensos y vívidos. Creaba las pausas, la tensión y dosificaba el suspense para mantener a todos en vilo.

La historia que tanto gustaba a su padre era muy simple al comienzo. Hasta anodina, sin mayor relevancia: Una madre y una niña se perdían en un bosque. Después de deambular por horas y llegada la noche, totalmente perdidas y desesperadas, encontraban en medio de tantos árboles una pequeña cabaña. La edificación era sólida, con el techo de tejas y una chimenea que exhalaba un espeso humo blanco que subía hasta el cielo negro. A través las ventanas, se distinguía la luz del interior. La historia se detenía en señalar que madre e hija dudaban en llamar, aunque finalmente lo hacían.

Entonces, se abría la puerta principal de aquella acogedora cabaña y aparecía ante ellas una adorable anciana que les decía con una voz totalmente dulce:

—Pasad, por Dios, que hace mucho frío afuera.

Ya adentro, les daba una deliciosa sopa para cenar y les ofrecía una cama para pasar la noche.

Al día siguiente, antes de partir, la noble mujer les proponía prepararles un poco de la estupenda sopa de la noche anterior para que tuviesen fuerzas para el camino.

Ahí empezaba lo mejor.

Mientras la madre estaba fuera recogiendo algunas verduras del huerto, la anciana, de improviso, con una vara y una fuerza brutal, desmayaba a la niña, le clavaba un cuchillo en el pecho y, con una sierra, procedía a descuartizarla con presteza. Luego, trozaba el cadáver en piezas más pequeñas, en diecinueve, ese número mágico y misterioso, y la echaba al caldo hirviendo para cocinarla.

Al descubrir el crimen, la mujer luchaba con la vieja y lograba huir con la cabeza de su hija en los brazos.

Pero, en lugar de continuar con el relato, la madre de Susana se detenía en este punto y le tocaba a ella aguantarse ese breve lapso, pensando que, cuando fuese mayor, también le contaría esa historia a sus hijos, pero no a sus nietos.

Porque eso sí, ella estaba segura de que jamás llegaría a ser anciana como la viejita del cuento.

## Capítulo IX

**M**AÑANA joder mañana le hablaré de nuestros dos socios Borja río Guadarrama Majadahonda joder descuartizado joder ¿por qué le falta el brazo izquierdo hijo de puta? joder joder joder gilipollas ya se te ha ido la olla joder joder le contaré también de Héctor sí le hablaré del viejo joder lo cortaste y lo metiste en dos bolsas no en tres bolsas eran tres bolsas joder tres bolsas en su piso de Alcalá de Henares le contaré mañana joder mañana.

## Capítulo X

**T**E has distraído.

Demasiado.

El descuido es imperdonable. Sabes que la meticulosidad es primordial y también el tiempo.

Observas el reloj. Son casi las dos de la madrugada. De todas formas, tampoco has perdido muchos minutos. Pero los has perdido y lo sabes muy bien.

Te apresuras.

Vas hasta el salón y guardas todo en tu maletín con cuidado, para no causar demasiados estropicios o manchar en exceso.

De regreso al dormitorio, te dispones a cargar las bolsas para llevarlas hasta el coche.

Pesan.

De pronto, unos jóvenes abren el portal ruidosamente. Un grupo pasa y sube las escaleras gritando. El resto se queda en la entrada del edificio. Escuchas y distingues tres voces gastando bromas, estallando en risas estridentes.

Esperas a que se marchen, pero los minutos transcurren y no se van.

Una anciana les grita pidiéndoles silencio y saltan las carcajadas de los muchachos.

Te asomas a la mirilla y siguen allí.

Sabes que no puedes salir.

Te has distraído.

Demasiado.

Miras el reloj. Y sí, ahora sí no tienes tiempo.



**TRES**

## Capítulo I

—¿CÓMO va, Elejalde? —el gordo Fernández le palmea la espalda y se quita la chaqueta.

—¿Cómo va qué?

—El partido, coño. El partido —el gordo mastica un chicle y luce alegre.

Agrega—: El capitán quiere hablar contigo.

—¿Ahora?

—No, mañana.

—¡Hombre, Carlitos! ¿Una caña? —el barman le estrecha la mano.

—¡Y unas patatas bravas también, Rafa!

—Enseguida, Carlitos.

—Van cero a cero.

—¿Qué? —el chicle resuena en la boca del gordo.

—El partido —el sargento termina de beber un trago—. Van cero a cero.

—Ah...

—Aquí tienes las bravas, Carlitos.

—Qué bien. Un plato grande. Como para los elefantes. ¡Así da gusto, Rafa!

—¿Sabías que una vez vi cómo desenterraban el cráneo de un elefante del pleistoceno? Yo tenía dieciséis y estaba en esa cantera. Allí nomás, en Orcasitas, Carlitos, y...

—Coño, Rafa... Me lo has contado un millón de veces.

El gordo Fernández, golpea la mesa, se ríe, se acomoda al lado del sargento y observa de reojo al barman que se marcha.

—¿Ya pagó? —mastica las patatas bravas, bebe, se limpia la boca con el dorso de la mano.

—¿Es tu asunto?

—Era solo por hablar, hombre. ¿Y Ledesma? Le llamé y me dijo que venía

—sonríe tratando de cambiar de tema.

—¿Le has llamado —el sargento se alarma—. ¿Ahora?

—No, coño. Antes. Al mediodía.

—Ah...

—¿Dónde está?

—Trabajando. Bueno, eso supongo.

—No creo —el gordo sonrío con ironía—. Ese no se pierde unas cañas gratis.

—¿Y quién se las iba a invitar?

—Yo, coño. Me aseguró que venía para ver el partido.

Tome y daca de los dos equipos. En la pantalla del televisor, el narrador se esmera. Eleva la voz, la baja, impone ritmo a lo que cuenta. Va Silva. Corre. Corre. Avanza a toda velocidad. Villa se atreve al uno contra uno. Villa, Villa. Es magistral el juego de la selección. Ahí va... Iniestaaaaaa. Sigue el balón en juego... Córner.

—¡Mierda, chaval!

El gordo Fernández mira a los chicos de soslayo.

—¿Y las tías? —grita uno de los jóvenes.

—Ya vienen.

—Después nos vamos de marcha, ¿no?

El gordo, con parsimonia, extrae de su chaqueta un folio doblado:

—¿Qué sacas? ¿El dato que te pedí que apuntaras ayer en la tarde?

—¿Esos números?

—Joder, sí.

—No, no... No es eso.

—¿No lo habrás perdido, verdad?

—Estaba en mi escritorio, coño.

—No te creo. Lo debes haber escrito en un post-it y lo habrás pegado en la pantalla de tu ordenador.

—Coño, ¿cómo lo sabes?

—Porque siempre haces eso, joder.

—Pues sí, allí estaba.

—¿Estaba?

—Es que él post-it no lo encuentro.

—¡Joder! Para una cosa que te pido. No me extraña con el vertedero que tienes en tu mesa.

—¿Era algo importante?

—¿Qué crees, Fernández?

—Te prometo que no está perdido, coño. Si justo ayer, antes de irme hice limpieza y dejé únicamente ese post-it en la pantalla de mi ordenador.

—Eso espero. Y entonces, ¿qué es lo que me vas a dar?

—Esto. Es para ti. Toma.

—¿Qué es?

—Es la copia de un atestado.

—Joder, Fernández. Ya lo sé. Tengo ojos.

—A Ledesma lo pillé husmeando eso. Es de cuando detuvieron al niño, ¿recuerdas?

Al sargento le regresa la voz del cabo:

—El de Majadahonda y el viejo de Alcalá de Henares estaban en diecinueve partes. ¿Se da cuenta?

—Y sabes que el niño es intocable —el gordo Fernández escupe su chicle hecho una bolita blanca al suelo—. Después de todo, es el hijo del capitán.

—Estás como una cabra, Ledesma. ¿Y la niña? Ella estaba entera, joder.

—Se llevaron su meñique del pie, sargento. Nos la dejaron con diecinueve dedos.

—Existe una palabra para todo esto, Ledesma: coincidencia.

—Pero...

—Nada de peros... Todos los años se te ocurre una idea desquiciada.

—La va a liar, Elejalde. El gilipollas de tu compañero la va a liar. Ya sabes que tú y yo...

Tiro libre ruso. Se acomoda Roman Pavlyuchenko. Íker da órdenes a la barrera. Atentos. Pierna derecha del ruso. Pavlyuchenko toma carrera. Pavlyuchenko, Pavlyuchenkoooooo. Lo vio bien Íker. Lo vio bien. Alto y afueraaaa.

El barman se lleva la mano a la cabeza. La gente resopla aliviada. Los chicos, al lado, siguen hablando a gritos, festejando, riéndose.

—Joder —murmura el sargento.

Tiempo al tiempo. Paciencia, paciencia.

—Al capitán no le agrada nada el asunto.

—Lo sé, Fernández. Lo sé.

—Está cabreado.

En el exterior, a través de los cristales y de las persianas, se percibía una mañana limpia, clara. Casi no había nadie con ellos. El cabo continuaba remarcando unas líneas escritas sobre el papel.

—Esto es una gilipollez, Ledesma. Necesitamos hechos, huellas, datos contrastados, imágenes de las cámaras, testigos...

Ledesma se inclinó más hacia el escritorio, recogió las carpetas con cierto aire de decepción. Puso los informes en orden.

—Pero hay una cosa más, sargento.

—¿Otra caña, Paquito? ¿Y tú, Carlitos?

—¡Más patatas, Rafa!

—Claro, Carlitos.

El barman se aleja y se pierde por una puerta presuroso.

El sargento verifica su teléfono otra vez. El móvil de Ledesma sigue sin comunicarse.

—Todo empezó en junio de 2000... Con el bebé descuartizado.

—Eso ya me lo has dicho.

El sargento miró a Ledesma. El cabo se rascaba la cabeza. Se le veía nervioso. Lo miraba, bajaba la vista hacia el escritorio, lo miraba otra vez.

—Aquí tienen.

—¿Solo esto, Rafa? ¿Ya no hay platos para elefantes?

—No, no, Paquito —el barman se apresura solícito, mueve el plato, los mira, duda, se disculpa, sonrío—. Es para que sigan comiendo. Ahora les traigo más.

—Desde el 2000 hasta el 2004, solo hay un muerto por año, sargento. Pero el 2005 sube a dos. El 2006 a tres... y así.

—¿Habéis visto lo del desfile de modas con las putas? —grita uno de los chicos ruidosos y, de inmediato, el gordo Fernández gira para observarlos: la risa explotando, las bromas en el aire, la bandera de España bailando en sus cuellos. Se percata de que prácticamente están rodeándolos, copando la salida del bar.

—¡Un desfile de putas! —repite otro de los muchachos, muy alto—. ¿Dónde? ¿Por acá, tronco?

—No, tío. Por Callao.

—¿También nos vamos de putas?

—Hoy, no, coño, que vienen las tías.

—¿Lo ve? ¿Se da cuenta? —la voz de Ledesma era baja, tensa—. Este año, debería haber cinco asesinatos, sargento.

El gordo Fernández esculca en sus bolsillos. Su cuerpo voluminoso suda.

—Coño.

—¿Qué pasa? —el sargento lo mira.

—La úlcera, joder.

Elejalde lo detesta también, aunque lo soporta más que al cabo Ledesma. No entiende porqué el capitán le confió a ese cerdo imbécil más territorio que a él. Es un puerco maloliente, repulsivo, irritante, siempre con el chicle en la boca y la cara llena de sudor. Si el capitán supiera el tipo de elemento que es... Pero no importa, se dice. Tiempo al tiempo. Paciencia, paciencia.

—Mira esto —el gordo hace resbalar su mano sobre la barra y al levantarla deja ver una pequeña tarjeta.

El sargento la recoge. La imagen de una chica semidesnuda, incitante, le mira de frente.

Jovencitas.

30 minutos 50 euros

1 hora 100 euros

Reconoce el teléfono y la dirección en Rivas Vacimadrid. Es uno de los negocios que están en el territorio del sargento. Uno de los que más ingresos genera en esa zona.

—¿Sabes quién tenía esto? —el gordo se lleva una patata a la boca.

Mastica ruidosamente, baja la vista, mueve algo con el pie, levanta la cara, lo observa otra vez. La cara sonriente, los dientes cubiertos de una masilla amarillenta

—¿Sabes? —repite.

—¿Quién? —la pregunta le sale por inercia, inútil, porque está muy al tanto de cuál será la respuesta.

—Ledesma, coño.

El sargento lo mira sin decir palabra. Bebe un sorbo de cerveza.

—Esto no pinta bien, Elejalde. El capitán también lo sabe. Creo que por eso él quiere hablar contigo.

Mentira, piensa el sargento. Sabe que es por otra cosa y que el gordo también está al tanto.

Tiempo al tiempo. Paciencia, paciencia.

De nuevo regresa la voz de Ledesma:

—Todos los asesinatos han sido perpetrados en junio, ¿lo ve?

El sargento observa al gordo Fernández, a los chicos que gritan cerca con mucho aspaviento, al gordo Fernández otra vez.

Mira su móvil. Nada.

—Desde que empezaron estos asesinatos hasta ahora solo hay dieciocho muertos, sargento.

—¿Qué quieres decir, Ledesma?  
—Solo hay dieciocho, ¿se da cuenta?  
—¡Cuenta de qué!  
—De que falta uno.  
—¿Uno?  
—El número diecinueve, sargento.

## Capítulo II

**E**L cadáver de una niña de 11 años con el rostro desfigurado ha sido hallado en la calle Cerecinos del distrito madrileño de Usera, informaron fuentes de la Guardia Civil.

La autopsia al cadáver ha concluido que la pequeña padeció una agresión sexual post mortem, y existen también indicios de que no sufrió de una muerte violenta. Los agentes que trabajan en el caso sospechan que el cuerpo ha sido cambiado de lugar.

El aviso fue dado hacia la 06:30, cuando una mujer que se dirigía a su trabajo alertó de que había una menor tendida en la acera.

La víctima era una niña de origen español aún sin identificar. Su cadáver fue hallado poco antes de las 06:30 horas de la madrugada del sábado en la citada calle Cerecinos.

Un vecino residente en una vivienda situada a unos doscientos metros del lugar donde fue encontrado el cadáver señaló que pasó por esa zona a las 05:45 horas para coger su coche y dirigirse a su centro de trabajo, y que no vio el cuerpo de la niña, pero sí que observó alejarse un automóvil viejo y azul de la marca Volkswagen.

De momento las informaciones son todavía confusas y el caso se encuentra bajo secreto judicial.



## Capítulo III

NO recuerdo cuándo me cortaron la lengua. Mamá dice que fue por mi bien porque la tenía muy larga, como una serpiente. Zas, salía de mi boca y se estiraba hasta colgar cerca de mi cuello. Bueno, eso no lo sé, me lo ha contado mamá. Y debe ser verdad porque ella nunca miente. Dice que una noche casi me la trago y que por poco me muero. Me diste un susto, suspira cada vez que se acuerda. También me cuenta que eso sucedió muchas veces y que era tener el miedo todo el tiempo de que me fuera a morir en cualquier momento. Mamá dice que cuando me la tragaba sonaba como cuando el agua se va por el fregadero y que me ponía primero rojo y después morado. Una noche me encontraron tirado bajo la mesa, tieso. Dice que esa vez fue la peor de todas. Un susto, siempre insiste mamá y exhala el aire con alivio. Felizmente mi papá alto y flaco me la cortó. Así me cuenta mamá. Él te salvó. Y yo a ese papá, a pesar de que me pegaba con la hebilla de su cinturón casi todo el tiempo, le estoy agradecido por eso. Porque me alegro de no haberme muerto de pequeño porque si no, no conocería a qué sabe la miel de mamá ahora, ni tampoco habría conocido jamás a mi hermanita. Me acuerdo muy clarito de cuando la vi por primera vez. Llovía y se escuchaban las gotas golpeando la calle con fuerza. Yo estaba comiendo un gato que había cazado en las escaleras y, de pronto, escuché el grito de mamá. Subí corriendo y allí vi a una especie de gusanito envuelto en una toalla. Yo tenía la boca con sangre, llena de pelos y este último papá me echó a patadas. Me puso el grillete y yo esperé toda la tarde pensando, masticando cucarachas. Más tarde, muy noche, mamá se acercó y me la mostró. Se llama Rocío, me dijo. Yo no me moví, me quedé quieto en mi sitio. Acércate, insistió mamá, no temas. Y yo salí despacio para verla. Estiré mi mano torcida y sentí cómo mi hermanita cogía fuerte mi dedo corazón. Recuerdo que todavía seguía lloviendo y que tronaban los golpes de las gotas en el techo. Pum, pum, pum, rápido, muy rápido, como late mi corazón cuando estoy corriendo. Así

sonaba la cocina esa noche que conocí a mi hermanita. Cuando era muy pequeña e inútil, mamá le daba su miel a ella y no a mí. Yo me enfadaba mucho por eso. Y me daba con la cabeza fuerte, muy fuerte contra las paredes hasta hacerme sangrar la frente. También me tiré por las escaleras y me hice muchas rajaduras por todo el cuerpo. Y me quedaba encogido, gimiendo bajo la mesa. Cada vez que hacía eso, papá, este último papá, me daba más porque decía que si seguía así, me iba a matar yo solo. Entonces me pegaba hasta que todo el cuerpo me quedaba doliendo y no podía hacer nada. Y, cuando ya veía que empezaba otra vez a darle frentazos al piso, me volvía a dar para que me estuviese tranquilo. Yo sé que papá lo hacía porque se preocupa por mí y no deseaba que me desgraciase para siempre. Cuando yo estaba así, todo morado bajo la mesa, mamá se acercaba y me decía, bajito, muy bajito, espera, ella primero tiene que crecer. Y yo esperaba y esperaba y ese gusanito en las toallas no crecía. Ese tiempo eché mucho de menos que mamá se acercase a darme de beber bajo la mesa. Cuando mi hermanita empezó a caminar, como yo, a cuatro patas por la casa, fue cuando ella y yo recién comenzamos a ser amigos. Uno no quiere a una hermanita así porque sí, porque llega y ya está. Debe pasar tiempo. Y cuesta paciencia y mucho esfuerzo. Mamá te deja de lado y luego está eso de que la bebé chilla y chilla toda la noche. Si yo lloraba por algo, por el frío o por miedo de un mal sueño, papá me daba más patadas o me golpeaba con el palo. Pero a mi hermanita no. Mamá se levantaba y le daba de su miel cantándole suavemente. Desde mi sitio yo los miraba y mamá me hablaba. No te pongas celoso. Solo unos meses y ya habrá para ti. Pero todos los días igual. Solo había miel para ese gusanito y para mí nada. A ratos, de muy triste, ni siquiera me daban ganas de atizarme la cabeza. Hasta el hambre se me fue quitando. Las cucarachas pasaban cerca de mí y ni las cogía. También dejé de cazar gatos. Abajo, entre los escombros, me sentaba a mirarlos como deambulaban entre los restos, con la cola en alto y mirándome recelosos. Pero con mi tabla no les reventaba la cabeza. Yo no sé cuánto fue eso de unos meses. Solo sé que dejó de llover y llegó el calor horrible cuando mi hermanita empezó a pasear y a no ser tan inútil. A cuatro patas, con su pañal enorme, iba por toda la casa y se acercaba a mí debajo de la mesa. A veces se acostaba a mi lado y se dormía conmigo. Al comienzo no me gustaba porque me hacía calor y quedábamos todo pringosos y la botaba, la empujaba para que no se me juntase tanto, pero ella volvía y se quedaba cerquita de mí. Entonces fue cuando por primera vez empecé a cuidarle. Le quitaba las cucarachas del pelo, las mataba sin comérmelas, solo para que no la tocasen, para que no se enfermase y sin darme cuenta, poco a poco, ya no me importaba que estuviese cerquita de mí, aunque nos pringásemos por el sudor. Y entonces al despertarnos le invitaba de mi agua y le mojaba la cabeza con mi

mano izquierda y veía como mis dedos torcidos se escondían bajo sus pelos dorados y volvían a aparecer mientras ella se reía. Cuando estaba despierta y sentada entre cojines y peluches, me tiraba juguetes y se llenaba su boca de carcajadas. A mí me daba miedo de que se pusiese toda morada con eso como me pasa a mí cuando me da la locura de reírme, pero a mi hermanita nunca le sucedió nada así y se reía y se reía y yo también. Entonces, le arrojaba los peluches, pero despacito para no desgraciarla. También me tiraba boca arriba para que se trepase en mi panza aunque me doliese. Aunque mis tripas sonasen por el hambre, yo prefería jugar con ella, que irme a comer un gato o cucarachas. Mi hermanita es súper lista. Desde pequeñita ella fue la que me buscó para hacernos amigos. Fue ella. Así empezamos a querernos, con el calor horrible. Y fue esa la única vez que me dio una gran pena no tener mi lengua sana. Yo le quería decir, por allí no, hermanita, es peligroso, pero solo salían gemidos de mi boca, horribles, y ella comenzaba a llorar. Entonces me callaba, y me quedaba con las ganas de advertirle, no, las escaleras tampoco, hermanita. O avisarle de que no comiese las cucarachas como yo. Con mis manos le hacía gestos, pero no era suficiente. No alcanzaba para contarle de cómo me agradaba que las nubes se pusiesen todas oscuras, grises y que cayese agua del cielo. Y me moría de ganas de poder decirle que por ella la lluvia me gustaba aún más todavía, porque llegó un día cuando las gotas de arriba sonaban en el techo como mi corazón cuando estoy corriendo. Y quise contarle muchas, muchas más cosas, como que mi cabeza es muy fuerte y que puede romper paredes o puertas de madera, o de las ratas que hay en los pisos de abajo. También explicarle que siempre tengo mucha hambre, pero eso no hizo falta decírselo, porque ella es muy lista y se dio cuenta rápido. Así, tan chiquita, pronto aprendió a atrapar cucarachas y me las daba ya muertitas y yo le inclinaba la cabeza agradecido. Cómo me hubiera gustado cantarle o relatarle historias bonitas como hacía mamá, pero mi boca inútil solo sacaba sonidos que a ella le asustaban. Así que solo le tarareaba: Mmmm mmm. Mmmm mmm. Mmm mm mmmm y ella me aplaudía con sus manos como platillos. Todavía me acuerdo del día en el que se puso de pie. Se colgó de mi brazo, se apoyó en mi hombro y, cogiéndose de mi lomo, se mantuvo un ratito y zas, cayó sentada otra vez. Así empezó. Después para dar sus primeros pasos, me usaba a mí como apoyo y yo caminaba con ella a donde quisiera ir. Cuando volvieron la lluvia y el frío, ella empezó a andar. Jugábamos muchísimo a perseguirnos. O a darme topetones contra la pared. Le gustaba el sonido que hacía cuando golpeaba mi frente contra los muros. Hasta ahora le gusta y yo, a veces, para que sepa cuánto la quiero, golpeo mi cabeza rápido y fuerte contra el suelo: Pum, pum, pum, pum, y ella sabe ya que así sonaba el techo cuando la conocí, igualito, igualito a mi corazón cuando estoy corriendo.

## Capítulo IV

EL chicle, cubierto de baba, era una pequeña bola presa entre la lengua y los molares izquierdos. Ya no se movía dentro de la boca. El gordo Fernández sintió el ardor y la pequeña inflamación que iba apareciendo en su mejilla. Se había mordido por error y percibió un ínfimo amargor mezclarse con la saliva. Lo reconoció de inmediato. La primera vez que probó sangre fue cuando le rompieron la boca. El líquido salado y agrio le gustó. Y entonces, aquella vez, quiso probar la del otro. La del que le aplastaba el rostro con el zapato. No pudo. Tuvo que esperar siete años para estar frente al cuerpo de su padre. El viejo murió arrollado por un camión. Se disponían a cruzar la carretera cuando sucedió el incidente. Al ver el cadáver, se aproximó despacio y lo primero que hizo fue embadurnar la punta de su dedo y probar. No le pareció mal, pero notó un ligero dulzor que le pareció innecesario.

El gordo Fernández notó que, con los años, su sangre había obtenido algo de ese dulzor. No le agradó en absoluto. Seguramente la mala semilla, pensó. Volvió a su último cuaderno azul. Además de Borja y del anciano, notó el otro nombre recurrente: Guillermo Ramírez Cerezo. El niño. El hijo del capitán. Él era el mayor peligro o la última salida. Lo mejor, era considerarlo como esta última opción. Lo sabía. Debería hablar con él. Reunirse pronto. Convencerlo. Esto le afectaba también. El problema es que no era de fiar. Inestable e imprevisible, al niño siempre se le iba la mano en las cosas. La última vez, hace unos días nomás puso en peligro todo lo que entre ellos estaban haciendo. Por un poco de cocaína armó la bronca. Liderando a su panda incluso se enfrentó a los policías que se acercaron. Sus gritos e insultos a los guardias quedaron registrados en un atestado. El único que tenía hasta la fecha. Porque si algo había que reconocer, es que costaba mantenerlo limpio. A pesar de que el niño había matado ya a dos putillas rumanas y a uno de sus colegas de Usera, andaba indemne, libre de culpa porque todo quedó resuelto. El gordo Fernández recordó

el esfuerzo que significó arreglar las cosas con ayuda de Elejalde. Lo de las chicas fue fácil. Indocumentadas y sin familia, no implicó demasiado esfuerzo. Pero el del joven de Usera, sí. Era español, de diecinueve años y hubo que batallar mucho para culpar del asesinato a un chico latino con una larga lista de antecedentes. El capitán ayudó, es cierto, y hasta detuvieron al joven colombiano, quien seguía en la cárcel y se quedaría allí por muchos años.

Pero, a pesar de todo, el niño tenía sus cosas positivas. Fue él quien tuvo la idea del negocio. Él quien le presentó a Borja. Y fue él, también, quien lo llevó hacia Rivas Vaciamadrid y le enseñó el edificio blanco de habitaciones con puertas azules y cortinas de color perla.

—Toda tuya —el niño, sonriendo, estiró la mano acariciando los cabellos dorados de ella—. Espero que la disfrutes.

Así la conoció. Gracias a él.

El calor en el estómago se hizo insoportable. Coño. Estiró el brazo para coger su móvil. Cuando bajase la punzada de fuego que horadaba su vientre, llamaría al niño. No había otra alternativa. Pero el dolor se fue incrementando y se sumó la pequeña herida en la mejilla que también empezó a arderle. Ese minúsculo dulzor en su sangre aumentó el sufrimiento. Recordó a su padre con el cráneo destrozado sobre el asfalto. Reapareció la imagen de su madre triste y derruida, antes y después de esa muerte que a él le supo a alivio. No se lo dijo a nadie, pero el pequeño empujón, la zancadilla, la simuló como si se hubiese tropezado con algo del suelo terroso, y su padre cayó justo para ser arrollado. Él lloró mientras el conductor frenaba metros más adelante y se acercaba corriendo hasta caer de rodillas junto al cadáver. El chófer, al verlo tan solo y adolescente, se aproximó y lo abrazó, mientras él, bajo ese cuerpo sudado que temblaba, volvió a meter el dedo embadurnado de sangre en su boca. Y sí, claro, ese dulzor le pareció definitivamente innecesario.

Una pequeña calma sobrevino de repente y lo sacó de sus recuerdos. El chicle volvió a moverse. Se aplastaba, se estiraba entre la lengua y los incisivos. El gordo Fernández marcó el número del niño. Definitivamente no había otra opción. Tenían que matar a Ledesma.

## Capítulo V

### INSTRUCTOR 101132

Secretario 46033

Atestado nº: 2153

Dependencia: Jefatura Superior de Policía de Madrid

—En Madrid, siendo las 3 horas, 21 minutos del día 14 de junio de 2008, ante el Instructor y Secretarios arriba mencionados.

—COMPARECEN:

—Los funcionarios del Cuerpo de Policía Local, con carnets profesionales 9804, 9804, 7123, 6015, destinados en Seguridad Ciudadana, de servicio con el indicativo C-4, V-20, que,

—MANIFIESTAN: Que comparece/n para dar cuenta de los hechos ocurridos a las 02:13 horas, del día 14/06/2008, en VÍA PÚBLICA URBANA, calle RAFAELA YBARRA 7, del distrito de USERA (MADRID), y que se detallan a continuación.

—Que mientras realizaban labores de patrulla por la zona anteriormente indicada para la prevención de la delincuencia, observan cómo se está produciendo una pelea entre varios jóvenes, por lo que proceden a intervenir para calmar la situación e identificar a las partes, informándoles posteriormente de los pasos a seguir a cada uno de ellos.

—Que uno de los implicados en la pelea, posteriormente identificado como Guillermo Ramírez Cerezo, con DNI número 31203506B, nacido el 13/06/1988 en Madrid, hijo de Alberto y Eva, con domicilio en la calle de la Alamedilla 3, 5ºA, de Madrid, comenzó a alterarse contra los agentes con continuas provocaciones y profiriéndoles en tono despectivo los siguientes insultos y amenazas: «SOIS UNA PANDA DE GILIPOLLAS, NO VALEIS UNA PUTA MIERDA, CUANDO GOBIERNE EL PP OS VAIS A IR A LA PUTA CALLE

TODOS, QUE NO SABEIS QUIEN ES MI PADRE, QUE ES CAPITÁN, OS VÁIS A ENTERAR, HIJOS DE PUTA. VAIS A PICAR PIEDRA O A TRABAJAR EN LIMPIEZA COMO VUESTRA PUTA MADRE, DESGRACIADOS HIJOS DE PUTA, MUERTOS DE HAMBRE».

—Que los agentes se retiraron del lugar informando al anteriormente afiliado que iba a ser denunciado por los improperios y amenazas vertidas contra ellos en el ejercicio de sus funciones.

—Que no tiene/n más que decir, firmando su declaración en prueba de conformidad, en unión del Instructor. CONSTE Y CERTIFICO.

## Capítulo VI

—¿ESTÁS seguro?

—Sí.

—¿No habrá más sorpresas desagradables, verdad?

—Ninguna.

—Estupendo... Al menos, eso es un alivio.

—...

—¿Sabes? Me has decepcionado. No pensé que estuvieses tan chalado.

—Es un...

—Shhhhh... No vuelvas a decir la palabra «error», ¿entiendes lo que te digo?

—...

—Bien.

—...

—¿Te das cuenta de que con todo esto has jodido el negocio?

—...

—Vamos a tener que parar las operaciones por un tiempo. ¿Tienes idea de la pasta que vamos a perder?

—...

—Sí, mejor quédate en silencio.

—...

—¿Y lo demás? ¿En qué situación se encuentra?

—Como siempre.

—¿En orden?

—Sí.

—Joder, macho, a pesar de todo, me apena perder a un hijo de puta como tú, ¿sabes?



## Capítulo VII

LA Guardia Civil investiga la identidad de una mujer cuya cabeza con el rostro desfigurado y parte del tórax fueron hallados el viernes, ocultas en dos bolsas de basura, por tres agricultores que estaban iniciando sus labores de en la localidad de Mondéjar donde los restos fueron abandonados.

Los portavoces de la Comandancia de la Guardia Civil y de la Jefatura Superior de Policía se limitaron a confirmar la aparición de restos humanos y declinaron ofrecer más datos apelando al secreto de la investigación.

### HALLAZGO

El descubrimiento fue realizado por tres agricultores en el extremo de un camino, a trescientos metros del Arroyo del Portillo de los Gallegos. Los dos bultos resultaban fácilmente visibles, sin que hubiese nada que los ocultara. El plástico de las bolsas presentaba señales de lluvia, lo cual hace suponer que los restos podrían haber sido depositados en ese lugar unos días antes.

La primera reacción de los agricultores al ver las bolsas, fue retirarlas al pensar que se trataba de basura que alguien había tirado allí. Sin embargo, al cogerlas les llamó la atención el peso y la forma. Al abrirlas, observaron en una de ellas el cabello rubio de lo que resultó ser la cabeza de una mujer. La otra contenía el tórax cortado en cuatro partes. De inmediato decidieron llamar a la Guardia Civil, que esa misma mañana se hizo cargo de las investigaciones.

Los restos cadavéricos presentaban muy pocos signos de descomposición, lo cual apuntaría a que la muerte de la mujer se habría producido recientemente.

### INVESTIGACIONES

Las pesquisas incluyen varias líneas de trabajo. La principal tiene como objetivo identificar a la mujer, para lo cual los restos están siendo analizados en el Instituto de Medicina Legal, donde forenses tratarán de extraer muestras de

ADN. Paralelamente, los investigadores están revisando las denuncias por desaparición que constan en los archivos de las fuerzas de seguridad para comprobar si la descripción de alguna de ellas coincide con los de la mujer. Hasta el día de ayer no había trascendido la causa de la muerte de la mujer.

Fuentes policiales han indicado que las pesquisas para identificar a la víctima y localizar al autor o autores de su muerte y descuartizamiento avanzan a buen ritmo.

Por el momento no existen pistas sobre el paradero del resto del cadáver. Faltan por encontrar los brazos, las piernas y parte del tronco.

## Capítulo VIII

—**H**AY de todo, sargento.

—¿A qué te refieres?

—Los muertos, sargento. Son bebés, niños, jóvenes, adultos. Mujeres, hombres, gays... Rubios, morenos, de color, europeos, inmigrantes. Hasta de diferentes clases sociales.

—¡Coño! —el barman se lleva una mano a la cabeza con la vista en el televisor.

Confirman la mala noticia.

Los demás, en el bar, dejan de beber y miran absortos la desgracia.

—¡Mierda!

—¡Me cago en...!

Los periodistas comentan alertados. El jugador tocado es Villa. El Guaje sintió un pinchazo en la pierna al lanzar una falta. Un ligero resbalón al momento de golpear el balón hizo que esta no llevara mucha fuerza a la portería del meta ruso y que el delantero se dañara.

—Todos los cadáveres han aparecido alrededor de la Comunidad de Madrid.

—¿Pero qué dices, Ledesma?

—Que no hay una zona en especial, sargento. Es todo Madrid.

En el bar, el lamento es generalizado.

—¡El Guaje, chaval!

—¡Qué putada, tronco!

El máximo goleador de la selección y de la Eurocopa se marcha mal, llorando. Lo van a sustituir. Va a entrar Cesc Fábregas en su reemplazo.

—Mal asunto —farfulla el sargento y se vuelve hacia el gordo Fernández —. ¿Entonces?

—El capitán está cabreado.

—Ya lo sé.

Afuera, las luces de la calle brillan. Al lado del bar, en la acera, se ve un árbol desnudo de follaje y ramas huesudas. Parece la mano de un esqueleto que trata de atrapar algo del cielo.

—Y lo de los cuatro muertos no ayuda, Elejalde.

—¿Otra más, Paquito?

—Sí, por favor.

—¿Tú, Carlitos?

—Con más bravas, Rafa. Ya sabes, un plato para elefantes.

—Ahora mismo.

Y ya están, rápidamente, ahí delante, las cañas frescas y las patatas.

—Ojalá haya suerte —el barman señala la pantalla—. ¿Has traído tu amuleto, Paquito? Ya sabes, el icosaedro.

—No, Rafa.

—¿Qué es eso? —el gordo mastica ruidosamente.

—Es solo un dado... —resopla el sargento sin apartar la vista del televisor.

—Tiene veinte caras —insiste Rafa—. Como los que se usaban en la Antigua Roma. En el Museo Británico hay dos, yo los he visto...

El anciano, se detiene. Se percata de que ni el sargento ni el gordo le escuchan. Fuerza una sonrisa, limpia la mesa, finge que ha olvidado algo. Se retira.

El bar vibra. Cánticos, saltos.

¡Yo soy español, español, español!

—¡Saltad, troncos!

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

Elevan el volumen del televisor. La voz del narrador apunta: Cesc Fabregas, Iniesta... La pide Torres. Iniesta atrás. El centro para Torres. Vamos, bájala, bien. ¡Bien! Recorta. ¡Disparaaaaaaa...! Flojito para el portero ruso.

—Falta poco para que aparezca el siguiente cuerpo, sargento. Junio se acaba en cuatro días.

—¿Y qué con eso? —el sargento escrutó el rostro de imbécil del cabo. Notó un brillo de entusiasmo en sus ojos.

—¿Dónde anda Ledesma? —las patatas sonando entre sus dientes, chic-chac, chic-chac—. Si me prometió que venía, coño.

—Trabajando, ya te dije. Ya lo conoces. Tiene una de sus locas teorías.

Durante los años que han trabajado juntos, el sargento jamás le ha dado siquiera la menor importancia a esas descabelladas ideas. Hoy mismo, en la mañana, como en tantas otras ocasiones, le dijo con firmeza que lo que tenía en mente y le robaba tantas horas era una solemne tontería. Una gilipollez, fueron sus palabras exactas. Se mostró muy rotundo y le pareció que Ledesma, en su fuero interno, admitía estar de acuerdo en buena parte de sus argumentos. No había huellas, ni datos contrastados, ni imágenes de las cámaras, ni testigos... Y, mucho menos, apoyo científico a semejantes conjeturas. Pero ya sabía cómo era Ledesma. Lo sabía demasiado bien. No dejaría de buscar, seguiría por su cuenta, sin hacerle caso, embrollándolo todo, enredándolo.

—Ese será el fin, sargento.

—Joder, Ledesma. No hay sustento en lo que dices.

—Estoy seguro de que con ese número terminará. Con diecinueve muertos, sargento.

—¿Y cuál es esa teoría? —el gordo Fernández mastica ruidosamente las patatas.

—No vale la pena ni comentarla —Elejalde bebe un sorbo de su cerveza.

—Sí, pero es que está dando palos de ciego, como dice el capitán, y está que toca los cojones.

—Hay más, sargento. Mire.

—¡Joder! ¿Más?

—...

—Con tanta idiotez junta, no me extraña, Ledesma.

El sargento se abstrae. Recuerda lo que le dijo el cabo antes de despedirse hace varias horas.

—Lo están encubriendo, sargento. Al asesino, digo.

—Te estás pasando, Ledesma.

Paciencia. Paciencia. Recuerda a su mujer. La echa de menos. Exhala una larga bocanada de aire.

Todo por un imbécil, joder.

—Por eso todos los asesinatos tienen su culpable, sargento.

Elejalde mira el móvil de nuevo. Nada. Ninguna llamada del teléfono de Ledesma. Repasa los últimos mensajes del cabo:

15:11 «Acabo de aparcar, sargento».

15:13 «Parece que tenía razón. Aquí no hay nada».

Termina de beber. El gordo Fernández, está entretenido con el partido.

Los cánticos siguen.

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

15:15 «Esto es como un vertedero. Solo escombros, basura y, al fondo, un edificio casi derruido».

Llega el final del primer tiempo. Ambos equipos se van a los vestuarios. Los comentaristas apuntan que la lesión de Villa puede ser grave. Que quizá se pierda el partido de la final ante Alemania.

—Creo que el asesino es uno de nosotros, sargento. O, tal vez, varios.

—Estás como una cabra, Ledesma.

—Es un policía o un Guardia Civil, sargento. Estoy seguro.

La marea de cabezas se dispersa ligeramente. La gente va dejando de saltar. Se calma por un momento.

—Se lo he dicho al capitán, sargento.

—¡Eres un idiota!

—No me ha creído.

—No me extraña.

—También se lo he comentado a un amigo que es periodista, sargento.

—¡Pero qué dices, gilipollas! ¿Para qué!

—...

—¿Has revelado datos de la investigación?

—No, no, sargento. Solo le he...

—Mira, Ledesma, no quiero oír más.

—Tampoco me ha hecho caso.

—Es lo mejor que te ha podido pasar, imbécil. ¿Te das cuenta?

—...

—¿Te das cuenta?

El sargento observó el rostro del cabo. Apocado, la mirada baja, los labios temblando, sus dedos tensos sobre las carpetas regadas en el escritorio, como sujetándose de esos post-it de colores para no caer en un abismo.

—Ahhhh... —el gordo Fernández se seca la boca con la mano y se gira hacia él—. Déjame salir, Elejalde, que voy a mear.

—Pasa, joder.

El cabo recuperó algo de aplomo. Carraspeó ligeramente, tragó saliva y agregó tímidamente.

—He encontrado una pista más, sargento.

—¿Más? ¿Y qué coño es, Ledesma?

—Unos números, sargento. Mire.

El sargento observó el post-it naranja:

40.351510

-3.512835

15:19 «No hay construcciones alrededor del edificio».

15:22 «Me voy a acercar, sargento».

15:29 «Ya estoy en el portal. Parece abandonado».

—¿Ese es tu gran hallazgo? ¿Una miserable resta?

—Son coordenadas, sargento.

Joder, murmura hastiado.

—Ya tengo la dirección que sale de esas coordenadas. Calle Sócrates Saldívar 1. 28521. Está en Rivas Vaciamadrid, sargento. Me acerco a mirar y le informo.

Elejalde termina de beber y queda una amarillenta capa de espuma sobre el fondo de su vaso. Se revuelve sobre su banca y revisa el último mensaje de texto de hace más de seis horas.

15:32 «Arriba, en una de las ventanas, he visto a un hombre calvo que se ha asomado y se ha escondido al verme. Voy a tocar la puerta. Le llamo luego, sargento».

**CUATRO**



## Capítulo I

ES el final.

Lo del aciano fue una torpeza. Tuviste que escabullirte dejando las bolsas en el dormitorio. Saliste a oscuras y apresuradamente. No te quedó otra opción. Habías esperado demasiado pero aquellos muchachos no se movían del portal.

Fingiste estar con muchas copas de más, y saliste tambaleándote sin soltar tu maletín. Llevabas una botella en la mano. Te aseguraste de que la vieses. Incluso les dijiste «Hasta luego», con tu voz gruesa, ronca.

«Vaya marcha», comentó uno de ellos.

Te alejaste entre sus risas y el olor a porro.

Al salir, no encontraste el coche. Ya lo habías previsto. Estaría en el otro punto, supusiste. Caminaste por varias calles simulando una borrachera. La madrugada era fría, húmeda. Las luces amarillas iluminaban las aceras, las fachadas desgarradas de casas y comercios.

Más de una vez tropezaste con cuerpos arrumados en rincones, cubiertos con cartones y periódicos.

Tú seguiste con el recorrido repasado cientos de veces. Sabías dónde estaban las cámaras. Hasta tenías en la cabeza a las más imperceptibles.

Cuando llegaste al aparcamiento, el coche tampoco estaba allí.

Era obvio.

Deambulaste un poco más y tuviste que regresar a casa en transporte público.

Sí, lo del anciano fue una torpeza.

Esto acelera las cosas. Lo sabes. Ahora vendrá el turno de la niña. El viernes probablemente.

Te da pena.

A ella no la cortarás en trozos, decides.

## Capítulo II

Y una mierda te vas a enterar joder te vas a enterar mañana joder mañana mañana le diré que todo fue tu idea gilipollas todo todo sí todo joder mañana le contaré y él sabrá qué hacer contigo hijo de puta le hablaré también de tu rubita joder joder joder probaste su sangre eso le diré eso le diré gordo de mierda.

## Capítulo III

NO sé por qué me obligan a sentarme en esta silla. Me duele y gimo quejándome, pero a nadie le importa. Siguen allí mirándome, hablándome y todo lo que dicen es un bosque de voces que me confunde. No entiendo por qué me tratan de esta manera. Yo no les he hecho nada. Ni siquiera he chillado. Me he quedado así, manso y les hago señas, estiro mis dedos para pedirles que me permitan estar debajo de la mesa, pero no me dejan. El hombre del bigote me obliga a estar sentado de esta forma tan dolorosa. Los grilletes de mis manos también me ajustan y me quejo, pero no hacen caso a mis gemidos. No les importa que yo sufra. Mamá dice que la gente de la calle es mala, muy mala, y es cierto porque ella siempre dice la verdad. Nunca miente. No como los demás que engañan y con mentiras hacen creer que te van a dar comida, pero luego te empujan entre varios y te patean o te insultan sin venir a cuento. O hasta te arrojan piedras por nada hasta que se raja la piel de uno y se ríen. Por eso es mejor que te quedes en casa, me ha advertido mamá desde que recuerdo. En la calle hay personas terribles, espantosas. Monstruos muy crueles y yo por eso la abrazo contento de saber que ella me cuida y mi último papá y mi hermanita también me cuidan... Pero ahora no están y yo no sé qué hacer. Mi pañal lo siento lleno de pis y nadie me cambia. También tengo hambre. Hace mucho que no como nada. Me ha parecido ver una cucaracha caminando, y me han entrado unas ganas enormes de sentir lo crocante y salado de sus patitas y de sus alas. Ahora en la casa hay más. Muchas. Caminan encima del suelo, sobre las paredes y ya ni se esconden. Yo voy tras ellas, las atrapo y me las como, pero son demasiadas. La cocina está repleta. No se puede caminar sin pisar a varias. Pugnan por quitarme mi comida, por robarme lo que me pertenece. También hay bastantes moscas que zumban y zumban todo el tiempo, pero esas no me gustan. No saben bien. No son ni duras ni blandas, y la masita blanca que sale cuando las aplastas sabe a huevo podrido. La verdad es que hasta el moco es mejor.

Cuando mi hermanita se hurga la nariz y saca una masa con la que hace bolitas yo la miro atento. Y lo hago porque sé que las va a tirar al suelo de un momento a otro. A mí me agrada correr a buscar esas pelotitas grises y devorarlas. Son como gominolas saladas. A veces, ella se saca mocos blanditos y otros muy duros, pero todos saben bien. También jugamos a que los arroja y yo los alcanzo en el aire con la boca, o si no, a que los lanza lejos y mientras los encuentro, ella se esconde. Con mi hermanita no hay forma de aburrirse. Sabe infinitas historias que me cuenta. Abre sus libros del cole y me muestra los dibujos que hay allí. Y veo niños que caminan y corren y me enfada no poder estar allí, con ella, aprendiendo con esos dibujos que sirven para leer. Ella trató varias veces, pero yo como me he dado tantos golpes en la cabeza no aprendo. Y repito aaaaaaaaaaaaaa eeeeeeeeeeeeeeee iiiiiiiiiiiiiiiii y luego me equivoco y ella junta las cejas y me indica que esté atento. Y yo no puedo, hay veces que es peor porque me entra lo locura de reírme. Me da siempre que me enseña y ella se molesta y me acusa de que no hago el esfuerzo. Yo no sé por qué me da esa locura de la risa. Yo creo que es porque estoy muy feliz con mi hermanita. Pero también me da en ocasiones, así, de sorpresa y zas, me explota la risa y no puedo parar las carcajadas. Felizmente el papá flaco y alto me salvó con lo de la lengua porque si no, con tanta reidera seguramente me habría tragado la lengua hasta morirme. Mamá dice que eso sucede porque tengo tanta felicidad con ella, con este papá y con mi hermanita que no cabe en mi cuerpo y que tiene que salir como ocurre con los volcanes, así, en erupción. Muchas veces esas risas también me han dado de improviso en las escaleras y me he caído rodando hasta el bajo. Felizmente tengo la cabeza muy dura y no se rompe así nomás. Sí me salen rajaduras y, luego, cuando se van sanando, pican y pican que no puedo dejar de rascarme hasta que me vuelvo a abrir las grietas y, otra vez, todo arde y quema. Como siempre tengo hambre también me como esas cosas duras que son rojas y negras y que se forman encima de donde me perjudico. Son crocantes y saben a galleta. Aunque no es bueno sacarlas porque la carne se te pone roja, roja y duele más. En cambio, la carne cruda sí que sabe muy bien. Además de la miel y de la comida, mamá también me da carne cruda. Como sabe que como gatos y bichos, una mañana que llegó del mercado me sirvió un trozo húmedo en mi plato. Y yo, claro, me lo tragué muy rápido. A mi hermanita en cambio le desagrada lo que yo como y hasta la veo poner cara de asco a veces. Pero es solo con la comida, conmigo nunca, porque a mí me abraza mucho. Ella es muy cariñosa. Aparte de correr por las escaleras o divertirnos al escondite, también jugamos a la casita. Con cartones nos construimos una en el salón. Con dos ventanas y una puerta grande para entrar y salir cuando a uno se le antoje. Allí no duermo con grilletas ni bajo la mesa porque tengo mi cama. ¡Sí! ¡Una cama de verdad con patas,

colchón, mantas y todo! Aunque claro, yo no quepo, porque no es de verdad, es pequeña, pero a mí no me importa. A mí me gusta mucho. Mi hermanita que me quiere tanto la hizo en su clase de plásticas en el cole. Aún me acuerdo cuando la trajo. Era un día con bastante sol y yo estaba triste porque no caía agua del cielo. Y entonces llegó ella. Oí como subía corriendo por las escaleras, abría y cerraba la puerta de golpe y entraba en la cocina muy alegre. Mira, me dijo y sacó de su mochila una litera pequeña hecha de papel con cartulina y pintada con rotulador amarillo. Aquí podemos dormir los dos, me dijo. Me acuerdo que fuimos juntos a ponerla en nuestra casita. La acomodamos cerca de la ventana más grande para que todo fuese perfecto y pudiésemos ver la lluvia. Yo de puro contento empecé a golpear con la frente el piso, pum, pum, pum, para que sonase como cuando las gotas golpean el techo. Pum, pum, pum, muy rápido, muy rápido y de pronto me entró la locura esa de reírme, como explotando. Me caí de lado y las carcajadas salían y salían sin parar. Explotando, explotando... De mis ojos, de mi nariz y de mi boca salía mocos, babas, lágrimas y mi hermanita dice que me empecé a poner morado, así, sin siquiera tener legua. Mamá tuvo que pegarme con palo para que me detuviese. Pero nada. Me echaron agua, me pellizcaron y yo seguía y seguía, doblado en el suelo. Hasta que a mamá se le ocurrió darme una patada fuerte en mi trompita de elefante. Como uso pañal no sentí el primer golpe, pero sí el segundo y el tercero y me detuve llorando. Yo no sé qué habría sido de mí si mamá no hubiese estado cerca. Me habría muerto seguro, así, de golpe, por esa locura que me explota. Por eso yo la quiero mucho. Muchísimo. Hasta si no me diese de su miel tan dulce la querría tanto como una montaña. O más, como muchísimas montañas todas juntas. Mi hermanita que me enseña cosas del cole dice que a eso de muchas montañas juntas se le dice cordillera. Así que a mi mamá la quiero tanto, tanto como una cordillera. A mi hermanita también la quiero como una cordillera. Hasta a este último papá lo quiero bastante porque él me protege y me cuida y se preocupa por mí siempre para que nunca me falte nada. No es malo como el hombre del bigote que me grita, que golpea la mesa para asustarme, que me obliga a estar sentado en esta silla y no me deja echarme un ratito en el suelo. Aquí todos son crueles. No les importa que yo sufra ni que mi pañal esté lleno ahora también con caca. Y yo empiezo a llorar porque quiero volver a casa. Aunque sea ahora que ya nada es lo mismo y no están ni mi último papá ni mi hermanita. Igual quiero regresar, porque ahí todavía está mamá y me espera. Lo sé, porque la tengo bien guardada en la nevera.

## Capítulo IV

**A**FUERA hay tormenta y hace frío, pero aquí no importa.

El agua tibia cae como una pequeña lluvia. Tu mano cubre delicadamente su hombro mientras ella murmura algo y cierra los ojos. El cabello brillante, pegado a su cuerpo, se extiende por la espalda como un brazo flaco y negro, de uñas largas. Percibes en tus yemas la suavidad de su piel tersa. Tus dedos bajan, presionan, buscan las nalgas. Te entretienes ahí un instante y luego subes otra vez. Ahora acaricias la barbilla, el cuello, su pecho. Ella se deja hacer. Tú sigues. Juguetear con el ombligo, frotas sus muslos con tus palmas, sintiendo su carne joven, cálida húmeda. Empiezas a hurgar entre las piernas y, de pronto, sientes esa fuerza que crece bajo tus pantalones. Tratas de controlarte, de prolongar el momento, pero no puedes. Debes continuar, no tienes otra alternativa. Más con ella allí, desnuda, lista. Parpadea. Tus dedos se extienden, entonces, nerviosos para explorar ese punto infinito, placentero.

—¿Aquí o en la cama? —te sonrío.

—Aquí —le indicas mientras te apartas para terminar de quitarte la ropa.

Ella te hace espacio en la bañera y la contemplas un momento.

Entras.

El agua tibia cae como una pequeña lluvia.

Afuera hay tormenta y hace frío, pero aquí no importa.

## Capítulo V

A ver si escuchas de una puta vez: las cosas prístinas. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Lo entiendes? ¡Qué...! ¡No digas gilipolleces! ¡No! ¡Joder! ¡Que he dicho que no! A ver, a ver... Todo es muy simple, al tipo, o a los tipos, los quiero aquí. ¡Aquí! ¿Qué...? No. No. ¡No! ¡Me importa una mierda! ¡Aquí, he dicho! ¿Ha quedado claro? ¡Gordo! ¡Joder! ¡Ha quedado claro, sí o no?

## Capítulo VI

LA lluvia sigue, pero es más tenue.

El viento, en cambio, persiste. Aúlla. Las pequeñas gotas que caen, golpean contra el cristal de la ventana y se deslizan como gusanos transparentes.

Las cortinas cerradas de color naranja te desagradan. Contrastan demasiado con el cuerpo de ella. Te recreas con su desnudez. Te acercas, la miras y no puedes evitar percatarte de que en la cama su cuerpo se ve mucho más pequeño que antes. Como si tuviese nueve años, otra vez. Tus dedos se deslizan entre sus cabellos abriendo surcos largos que desaparecen inmediatamente en una catarata de oro que cae sobre la almohada. Ella permanece quieta, con los ojos cerrados. Parece una princesa, te dices. Una de cuento de hadas hechizada por el maleficio de alguna nefasta bruja. Le pones la mano en la frente. Se la acaricias. Sí, una princesa que espera, plácida, tranquila, el momento en el que va a desaparecer, por fin, el mal que la domina. Entonces, te echas a su lado, palpas su piel, el calor que se va de ella, que se aleja, que te abandona también a ti al tocarla.

Cuando presientes que ya es libre, le das un beso de despedida y te levantas. Caminas por la habitación. Miras el reloj con calma y entre tus cosas buscas el palo con el que vas a violentarla y la tijera. Será el dedo meñique del pie izquierdo, te dices mientras escuchas cómo, afuera, el viento aúlla.



## Capítulo VII

- SI te portas como debes, yo también y todos tranquilos. ¿Está claro?
- Sí.
- Nada de palos de ciego, ¿eh?
- ...
- ¿Entiendes lo que te digo?
- Sí.
- Voy a tratar de ayudarte. Si es que se puede.
- Gracias.
- Haré todo lo que esté en mis manos. Pero depende ti, lo sabes, ¿no?
- Sí.
- Bien... Espero tu total colaboración.
- Claro.
- Me alegro, porque entre nosotros las cosas deben estar prístinas.
- Desde luego.
- No juegues, conmigo.
- No. Claro que no.
- Y ojo, no quiero enterarme de que estás buscando acuerdos con tus abogados. Nada de esto nos puede salpicar, ¿eh?
- ...
- ¿Entendido, hijo de puta?

## Capítulo VIII

EL 19 de junio de 1999, poco después de conversar con él sobre el sabor agrio de las aceitunas, Susana García se convenció de que su amor sería una historia muy larga. Y, sin más, le reveló que tenía un hijo de 16 y que venía en camino otra que llevaba en el vientre.

Él la miró sorprendido, pero no dijo nada en absoluto.

Cruzaron un parque con árboles, columpios y una resbaladera y se acercaron hacia el Volkswagen azul que estaba aparcado a un extremo, cerca de un edificio viejo, parcialmente derruido. El sol imponía su fuerza. Algunos perros merodeaban por el lugar. También gatos y ratas se veían entre los escombros del descampado.

No sabían todavía qué hacer, de qué hablar. Estaban viviendo la resaca del encuentro fortuito que los había reunido.

Uno insignificante, en realidad, una feria local que los llevó a tropezar varias veces sin pretenderlo.

Sin decir palabra, entraron en el coche y se pusieron a observar el techo blanco, lleno de puntitos negros.

Fue entonces, cuando Susana decidió narrarle la misma historia que su madre le contó a los once años.

Elevó los ojos y empezó con el relato. Cuando hubo pasado la primera parte, se detuvo. Hizo la misma pausa que su madre y, entonces, después de unos medidos minutos, continuó.

La madre de la niña corría llorando, pidiendo auxilio, yendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Tropezaba. Y notaba asustada cómo las ramas de los árboles y de los arbustos se extendían para obligarla a caer con el fin de que la anciana pudiese atraparla.

Después de un rato, la madre llegaba a un pueblo y allí le informaban que la vieja era una bruja muy temida.

Cuando esta se aproximó reclamando a sus víctimas, los hombres salieron con palos y piedras. Uno de ellos le gritó, ¡de hoy no pasas, maldita!, mientras le atacaba con su arma. La bruja dio un paso atrás, pero otro golpe la sorprendió por la espalda.

—¡Vosotros, mal paridos, os comeré! ¡Creedme! No dejaré ni uno vivo.

El más bajo, uno pelirrojo, era el más furioso. Daba estocadas, rasgaba la ropa de la anciana, lograba herirla hasta tumbarla al suelo. Alzó entonces él una enorme piedra y la arrojó sobre la cabeza de la bruja. Hubo un ruido sordo, seco. De la frente empezó a manar sangre oscura. La piel había cedido y dejaba ver el interior. La piedra volvió a ser elevada y arrojada con fuerza sobre el rostro desfigurado. Una y otra vez hasta que quedaron solo carne, grasa, huesos destrozados y cabellos blancos... Todo, todo cubierto de barro y de un oscuro líquido espeso que enardecía aún más a los hombres, como si no fuesen más que peones de aquella sangre que les ordenaba seguir y seguir destruyendo. Después, exhaustos, ataron el cuerpo a un árbol. En eso, de lo que una vez fuera la cabeza de la bruja, se elevó una voz, distinta a la de antes y, sin embargo, la misma:

—Oídmeme bien, miserables. Os voy a comer a todos. A ti también —le dijo a la madre—. Nunca huirás de mí. Sé que me escuchas, así que oídmeme, a ti también...

Los hombres volvieron a atacar. Su ropa quedó reducida a retazos y, horas más tarde, fue abandonada medio desnuda, con un muñón rojizo por cabeza, con la mayor parte del cuerpo desollado y las vísceras fuera. La dejaron atada fuertemente a un árbol para que algún perro hambriento y otros animales salvajes hiciesen el resto. Horas más tarde, a la madre se la llevaron lejos en un Volkswagen azul, dejando atrás el cadáver de la bruja. Cuerpo del cual, por la noche, surgieron una gran cantidad de pequeños bichos parduscos que se lanzaron voraces sobre el grupo de casas y se aposentaron en los cuerpos de los animales y de los hombres. Sorbieron la sangre, sorbieron y sorbieron hasta dejarlos muertos. Con el pelirrojo se ensañaron, desollándolo, también devorando su carne. Después abandonaron el pueblo y se lanzaron por el mundo en busca del Volkswagen azul y de la madre. Desde entonces, el viento de la noche grita con la voz de la bruja: ¡Nunca huirás de mí!

Ahí quedaba el cuento, inconcluso, en una búsqueda que no terminaba. El relato parecía un fragmento, un retazo de otra historia aún más grande, más compleja.

Y ese 19 de junio de 1999, Susana permaneció perpleja mirándolo a él, observando absorta el techo con puntitos oscuros del Volkswagen azul como si fuese una noche invertida, toda blanca, llena de estrellas negras.

Le contó que su madre le repitió el cuento en otros paseos y que el relato cambiaba, crecía. Aumentaba en detalles. La hija descuartizada era rubia, de once años. En otras ocasiones tenía menos. Diez, nueve... La brutalidad de la muerte de la bruja también variaba, aunque siempre iba a más el ensañamiento con su cuerpo.

Pero, a pesar de haber oído aquellas otras versiones, Susana le dijo que el recuerdo de la primera vez que la escuchó volvía siempre a ella, como en ese momento.

Sin embargo, muchos años después, al contrario de su madre y de lo que ella misma se había dicho a sí misma, nunca se atrevió a narrarle la historia a su hija. Entendió que sería aterrador para ella. Solo a Rubencito se lo relató una vez cuando ya tenía diecinueve. El pobre lloró toda la noche y no pudo dormir bien durante días. Se despertaba gimiendo por las pesadillas. Se movía de un lado a otro, se agitaba. Y cuando ella se aproximaba para consolarlo, lo encontraba acurrucado, con los ojos rojos. Es solo un cuento, le susurraba abrazándolo hasta que se quedaba dormido. Por eso, nunca más volvió a repetírselo y se lo guardó solo para ella.

Y ese recuerdo se fue enterrando, ocultando en esos retazos de imágenes, de memorias y sueños de sus años de infancia hasta que volvió a aparecer aquel 21 de junio de 2008, en el mismo instante en que Susana iba a morir.

Observó el techo blanco de estrellas negras del Volkswagen azul y recordó el coche detenido en la carretera y la voz de mamá inundándolo todo. Lo recordó también a él, a su lado, como ahora, hablándole del sabor agrio de las aceitunas y de aquel proyecto vital que empezaron a llevar a cabo pocos días después. Le miró el rostro contraído y sintió de pronto el golpe fuerte en el pecho, el calor húmedo de la sangre envolviéndola, huyendo de ella mientras, afuera, el viento acechaba aullando en la oscuridad.

## Capítulo IX

**M**AÑANA joder mañana hablaré con él mañana le contaré tu plan con Ledesma no le diré nada de mis colegas nada solo de ti gordo solo de ti hijo de puta ¿crees que soy un gilipollas? a mí no me cargas el marrón para que te fugues te vas a enterar gordo de mierda te vas a enterar mañana mañana le contaré y vas a ver quién carga con todo joder mañana mañana mañana joder ya verás mañana cuando se entere mi padre te vas a enterar joder te va enterar.

## Capítulo X

**A**HORA te toca a ti.

Ya has decidido cuándo y dónde.

Has tomado las precauciones debidas, las indispensables. Has aseado la casa y arrimado los muebles para que el tránsito en ella fuese más fácil. Te has preocupado por dejar dispuestos diversos platos de agua por las distintas estancias y habitaciones. En los rellanos de la escalera y en las puertas de los departamentos de abajo también.

Lo más difícil ha sido hablar con él. Aleccionarle. Le has indicado cómo coger la comida de la nevera y que debe cerrarla después de sacar la carne. Le has remarcado que no la coma totalmente fría, que espere a que se descongele.

Han practicado y ha costado mucho que siguiese tus indicaciones. Felizmente, al final, lo ha hecho.

Te da lástima dejarlo solo, pero sabes que no hay otra alternativa.

El pobre es tan manso e inocente, piensas. ¿Qué será de él?

Despedirse ha resultado muy difícil.

Le has arrullado durante la noche y le has hablado de su hermanita y de papá. De este último papá. Solo volverá una vez, le has dicho. Él se ha puesto muy triste y le has dado tu miel por última vez. Le has remarcado que a pesar de no estar más así con él, todavía podrá alimentarse de ti. Le has recordado lo de la nevera. Allí estaré para darte de comer, le has señalado.

También le has hablado de «el que vendrá». Eso le ha animado un poco y ha asentido con la cabeza. El pobre ha gemido hasta quedarse dormido.

Al salir, lo has visto allí debajo de la mesa y te ha dolido mucho dejarlo.

En la calle, la madrugada fría te recibe. Te diriges hacia la parte posterior del edificio en donde está aparcado el Volkswagen azul.

Por un instante, te viene el recuerdo de aquella historia que contaba tu

madre cuando eras niña.

Abres la puerta y entras.

Afuera, el viento aúlla, agita los árboles.

Miras el techo blanco del coche, lleno de puntitos negros.

Lo esperas a él.

Vendrá.

Ahora te toca a ti.

Esperas.

**CINCO**



## Capítulo I

—¿SABE una cosa que me ha llamado la atención, sargento?

—¿Qué?

—Los dígitos de cada número suman en total diecinueve.

—¿De las coordenadas?

—Sí.

Por el amplio cristal, se ve el árbol sin hojas. Un joven se encarama. Lleva una bandera de España en el cuello como bufanda. Se empina, da pequeños brincos, se aproxima a la puerta. Parece que busca a alguien.

—Esto está petado —dice al entrar.

—¿Y las tías, tronco?

—Ya vienen. Estábamos en el otro bar.

—Joder, macho. Pero si les dijimos que era aquí.

—Ya ves.

—Pero igual vienen.

—Nos vamos de marcha, después. ¿Verdad?

—Qué sí, atontao.

—¿Y? —Elejalde miró extrañado a Ledesma.

—Que las coordenadas quedan como una resta de diecinueve menos diecinueve, sargento.

—¿Y eso que significa?

—No sé, sargento. Tal vez lo que ya le he dicho, que después del último, de la víctima número diecinueve, ya no volverá a matar.

El gordo Fernández eructa.

—Tengo más hambre —se ríe.

—Eres un cerdo, joder —el sargento se aparta y mira su móvil.

Una vez más, no hay noticias.

—¿Qué coño pasa con el Ledesma que no viene? —el gordo Fernández levanta la vista, observa a los chicos que gritan, mira su reloj.

—¿Y desde cuándo te cae bien? —el sargento cruza los brazos.

—Que le he dicho que le invitaba unas cañas con el partido, coño. Ahora me va a dejar mal ese gilipollas.

En el televisor, la voz del narrador se acelera y salta el grito: ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! ¡Gooooooooooooooooooooo!

La calle estalla de pronto. Se oyen cánticos.

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

—¡Saltad, troncos!

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

En el bar la gente da brincos, elevan los puños en alto, la cerveza se rebalsa de los vasos. Todos alegres festejan ajenos a la muerte que merodea por Madrid en estos días.

El sargento también se distrae y celebra el tanto con el gordo Fernández.

—¡Más cañas, Rafa!

—¡Y unas croquetas! Un plato para elefantes, ya sabes.

—¡Enseguida!

Alrededor, el júbilo es unánime.

La conversación de la mañana regresa.

—Estás como una cabra, Ledesma.

—Otra cosa, sargento. El número de esta calle más los dígitos del código postal también suman diecinueve.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Sí, sargento.

—Si es por eso, yo soy el asesino. Vivo en el número 1 de mi calle y en Usera. O sea, mi código postal es 28026. ¿Ves, también lo mío suma diecinueve? ¡Vamos, arréstame!

—...

—¿A qué esperas? Arréstame.

—...

—Joder, Ledesma. ¡Todo esto es una mierda!

La voz del narrador deportivo se exalta. Gol de España, gol de Xavi. Gol histórico. Los príncipes de Asturias aparecen en la pantalla se levantan de sus asientos, alzan los brazos como hinchas, se abrazan con torpeza, alegres. Los

periodistas comentan la jugada que se repite en cámara lenta. Ahí está la magia de Iniesta, dicen, el regate, el tiro cruzado y la aparición fulminante de Xavi que golpea el balón con fuerza y se cuelga entre las piernas del portero ruso Igor Akinfeev. ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! ¡Goooooooooooool! ¡El primer paso para la final, para enfrentarnos a Alemania!

—Jo, pe. Saltad, troncos. ¡Yo soy español, español, español! ¡Yo soy español, español, español!

—Yo flipo con este tío.

—Ya está pedo, chaval.

—¡Ni de coña!

—¡Yo soy español, español, español! ¡Saltad! ¡Saltad!

Van cinco minutos del segundo tiempo.

Lo de Villa es un problema en los isquiotibiales, dice uno de los comentaristas. En la parte posterior del muslo derecho. Mañana se le van a realizar pruebas, pero es duda para la final.

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

Ahora el bar está repleto. Ha llegado más gente. Un joven, trepado al árbol sin hojas, grita agitando la bandera de España.

—¿De dónde has sacado esos números, Ledesma?

—De Fernández, sargento.

Los cánticos siguen sin parar.

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

En la pantalla va Silva con el balón, se aproxima veloz. Regatea sobre el área. ¡Madre mía, qué jugadores tenemos!, grita el narrador. Sigue Silva. Sigue. Dribla a uno. Pasa a Iniesta. ¡Señores, esto es fútbol! Los comentaristas están encandilados. El dominio es absoluto, señores.

—¡Joder, Ledesma! ¿Y Fernández qué tiene que ver en todo esto?

—No lo sé, sargento.

¡Yo soy español, español, español!

—Parece que falta pasta... —el gordo Fernández bufaba de improviso.

—¿De qué hablas? —el sargento lo observa seriamente.

—Que falta pasta.

—¿Es el niño?

—No. Ese solo le da a la coca y al pomelo de las niñas, ya sabes.

—Joder.

—Yo quiero ser como él cuando sea grande —el gordo Fernández se ríe, bebe su cerveza.

—Pero lo he seguido, sargento.

—¿A quién? ¿A Fernández?

—Sí, sargento.

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

Madre mía, cómo tocan el balón. Qué futbol, señores. Hay que ir a por el segundo. Vamos. Uno de los comentaristas resalta: Aquí no hay especulación ninguna. Yo creo que todo el mundo del fútbol tiene que estar de acuerdo en que España merece estar en la final. Está haciendo un partidazo. El narrador prosigue muy animado: Grandísimo Fábregas como auténtico dueño de todo. Xavi, Iniesta, Güiza... Xavi otra vez... Qué desdoble de Silva, centra y viene por detrás Torreeeees. Qué pena, porque la jugada era de nuevo de tiralíneas.

—Da gusto ser el hijo del capitán, coño. Niñas, coca...

—Joder, pero cómo cuesta dejarlo limpio.

Uyyyyyyyy. Se cayó Torres. Penalti. Penalti a Torres. El jugador lo protesta ante al árbitro. En el bar la gente maldice. Afuera, en el árbol sin hojas se han trepado más chicos y se mece por la fuerza con que tiran de él.

—Fernández va mucho con el niño a Rivas, sargento.

—¿Qué niño, Ledesma?

—El hijo del capitán, sargento.

—¿El gordo?

—Sí, sargento. Él y el niño son colegas.

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

—Se folla niñas en Rivas. Son putas, pero menores de trece, sargento.

—¡Joder!

—A mí también me gustan mucho las chiquillas —el gordo Fernández guiña el ojo mientras mastica una croqueta—. Las pequeñitas, ya me entiendes.

—Les gusta pegarles, sargento.

## Capítulo II

**R**ESTOS descuartizados fueron hallados hoy en Arganda del Rey, a trescientos metros del Hospital Sureste, en el interior de un antiguo coche azul de la marca Volkswagen. El cadáver estaba cortado en diferentes partes y guardado en el capó, en el interior de bolsas de plástico. Una furgoneta blanca trasladó los restos al mediodía al Instituto Anatómico Forense de Madrid para analizarlos.

Los investigadores rastrearon sin éxito cerca de donde se realizó el hallazgo. El juez ha decretado secreto de sumario.

Hoy, la búsqueda se extendió a todo el municipio de Arganda del Rey para hallar los restos faltantes del cadáver aún sin identificar.

### RESTOS

Los restos fueron encontrados por dos policías quienes observaron el citado coche azul de marca Volkswagen ubicado en un descampado cubierto de maleza, bastante lejos de la zona de aparcamientos, en los alrededores del Hospital Sureste.

Al aproximarse, los agentes descubrieron que el coche estaba vacío, pero que tenía manchas de sangre en los asientos. Al proceder a abrir el capó, encontraron dos bolsas de plástico de basura abultadas. Al abrirlas, los agentes vieron en una de ellas los pies y los antebrazos. La otra contenía un fragmento del tórax y las vísceras.

### INVESTIGACIONES

La principal línea de trabajo apunta a identificar la identidad de la víctima. En principio se trata de ver, también, si existe relación entre estos restos y los hallados el día de ayer en la localidad de Mondéjar, para lo cual se harán los preceptivos análisis de ADN. Paralelamente, se están revisando las denuncias por desaparición que constan en los archivos.

Por otro lado, la investigación también intentará ver si existe una conexión entre este crimen y los ocurridos en Majadahonda y en Alcalá de Henares durante este mes de junio.

Fuentes policiales han indicado, asimismo, que el coche azul de marca Volkswagen donde fueron hallados los restos podría estar relacionado también con el asesinato de la niña hallada en el distrito madrileño de Usera hace cinco días.

## Capítulo III

EL hombre del bigote es muy malo. Me grita todo el tiempo. Sin parar. Ha mezclado las fotos de mamá y de mi hermanita y las de esos hombres y mi culito me arde de tanta caca y pis que me he hecho. Les gimo, inclino la cabeza para que vean que soy bueno, que solo quiero que me cambien el pañal y me dejen echarme debajo de la mesa. Pero no me lo permiten y ya el cuerpo me duele. Mis manos también. Mis tres dedos buscan las fotos de mamá y de mi hermanita y otro de los hombres que está en la sala me grita monstruo otra vez. Me señala y también me mira fijamente, y yo creo que se confunde porque yo no salgo de mi casa. Ya no. Nunca más. Se lo prometí a mamá hace tiempo. No soy como la gente de afuera, como él. Yo no soy ningún monstruo. Yo soy como un bebé. Quiero decírselos, explicarles, pero me doy cuenta de que no servirá de mucho. Todos ellos son malos, no les importa mi llanto ni que sufra aquí. Abajo veo bien a la cucaracha. Sería delicioso poder masticarla, sentir sus patitas y sus alas crocantes. Está al otro extremo de la habitación, caminando sigilosamente. Tengo tanta hambre que me comienza a doler la tripa. Vuelvo a gemir, y les señalo el bicho para que me lo den. Entonces, el hombre del bigote lo mira y va y lo aplasta. Se voltea otra vez hacia mí y me habla. Yo me confundo. Más despacio, le pido pero no me entiende. Me muestran la foto de otro hombre. Tiene la nariz gruesa y los dientes muy torcidos, como los míos. Lo reconozco. Sé que es «el que vendrá», pero no se lo digo ni le hago ninguna señal. Todavía me acuerdo de la última vez que mamá me dio su miel. Me habló muy bonito y muy triste. Se acercó a mi sitio debajo de la mesa, nos recostamos sobre mi mantita y se sacó sus pechos. Yo no entendía por qué lloraba. Seguro porque mi hermanita ya no iba estar más con nosotros o porque papá no venía a casa en días. Siempre que este último papá faltaba por muchos días, ella ponía cara de pena y no podía dejar de llorar. No le importaba que mi hermanita o yo le hubiésemos hecho también una cama en nuestra casita de cartón para que no se

sintiese sola. Lloraba y lloraba, marcando el teléfono, buscándolo. Pero, por suerte, este último papá siempre regresa. Yo ya conocía sus pasos, sus zapatos chirriando en las escaleras, sus pies cruzando la puerta y yo agachado, acercándome agradecido de que hubiese vuelto para que mamá se riese de nuevo, porque ella a él lo quería como una cordillera. Todos en casa nos tenemos ese cariño. Por eso cuando nos quedamos ella y yo solos, entendí su cara de pena. Y bebí de su miel mientras yo también gemía muy triste. Mi hermanita se fue una tarde cuando empezaba la lluvia. Salió con mamá y yo la miré desde la ventana como siempre, pero se alejaron por otra ruta, y mi hermanita me dijo adiós con la mano. Traté de mirar ese edificio blanco como el azúcar que estaba al fondo, pero las perdí de vista muy pronto. Iban a otro sitio. El techo empezó a sonar pum, pum, pum, pum... Y me quedé esperando y esperando, pero en la noche solo llegó mamá. Los días siguientes fueron feos, con calor, sin lluvia hasta que una mañana mamá salió hacia atrás, para limpiar su auto. A mí no me gusta su coche. Me hace recordar el cuento de la bruja que no me dejó dormir durante varios días. Me acuerdo que me despertaba con pesadillas y todos se enfadaban conmigo. En especial este último papá. Al regresar a casa, mamá preparó bastante comida. Me enseñó a usar la nevera. Mira, me decía, te cansas de comer, abres esta puerta, lo guardas y lo cierras. Si tienes hambre, sacas la carne, la pones en tu plato y esperas hasta que se le pase el frío. Me hablaba acariciándome la cabeza. Aquí tienes un brazo, me lo mostró. Solo si te falta. Yo no le entendía. Hablaba rápido, emocionada, como triste y alegre al mismo tiempo. Yo esa tarde ni jugué en las escaleras ni en la casita ni me di de topetones con las paredes. Hasta me dieron muchas ganas de que me diese la locura de reírme y zas, morirme de risa, pero morirme de verdad, todo morado, por tanta pena que sentía. Cuando ya todo estaba oscuro, mamá se acercó a mí, y bajo la mesa me cantó muy bonito. Mañana te alimentarás de mí, me dijo y yo asentí con la cabeza. Ya tu papá te dejará todo listo. No te olvides de guardar bien mi carne en la nevera. Va a tocar irnos. Tu hermanita ya está allá. Y entonces me dio la miel más triste que he probado nunca. Shhhh... Shh... me hacía apretándome contra ella y yo le gemía y le gemía. Después se guardó sus pechos y me habló de «el que vendrá». Me dijo que sería también mi alimento y que llegaría pronto. Tienes que aplastarle la cabeza como a los gatos, me susurró mientras yo me iba quedando dormido. Cuando salió el sol, sentí unos zapatos chirriar en los escalones y subir y subir y yo acudí corriendo. Me acerqué y papá me acarició la cabeza. Me dejó a mamá en la nevera. La parte gorda de sus piernas y de sus brazos y sus pechos. Él también me habló de «el que vendrá», pero no se quedó mucho. Me dijo, tendrá un móvil como este, y me enseñó un teléfono igual al de mamá. Después que le hayas aplastado la cabeza, lo usas y



aprietas estos botones. Y trató de enseñarme, pero como yo estaba tan contento de tener a papá y a mamá conmigo me entró la locura de reírme, fuerte, fuerte. Tanto que papá tuvo que calmarme a golpes. Y no paró hasta enseñarme y yo me puse contento porque ya sabía cómo usar el teléfono. Cuando papá se fue, me dieron muchas ganas de conocer a «el que vendrá». Me preguntaba cómo sería. Si se parecería a mamá o a mi hermanita o a papá. O quizás a mí. Empecé a jugar a que era como yo y que entraba por la puerta y que jugábamos al escondite. Lo imaginaba también corriendo por los escalones y yo le decía, cuidado con esas gradas, no, ese departamento tiene el suelo con huecos muy tramposos que te descalabran. Luego le indicaba cómo golpear las paredes y los tablones sin que la cabeza quedase haciendo diiiiing. Le mostraba cómo hacer bolitas de moco y yo se la tiraba y él a mí y a comerlas y a esconderse otra vez. También le enseñaba la casita de cartón que hicimos con mi hermanita y él me preguntaba cómo era ella y yo le decía que muy listísima, que nació con la lluvia y le hacía pum, pum, pum, con la cabeza, para que entendiese cómo sonaba el techo con el agua cayendo del cielo, como mi corazón cuando estoy corriendo, y le mostraba mi rincón en la cocina debajo de la mesa, y le contaba de la mejor miel del mundo que mamá me daba así, muy despacito, con cariño, para que yo pudiese alimentarme de ella y cómo a veces se ponía triste y gemía y me decía shhh, shhh, sigue, sigue, no pasa nada, y yo le comentaba que ya no puede probarse, que mamá ya no está más y que lo había enviado para que fuese mi amigo y me acompañase, y nos reíamos los dos por habernos encontrado. Abajo, a ver a los gatos y a las ratas, allá donde están los escombros, no quise llevarlo porque se podría haber asustado por los tablazos en la cabeza. Y después no dormiría y se asustaría y yo no soy bueno para calmar a nadie porque me puede dar la locura de reírme y al final tendría él que salvarme a mí. A ratos también imaginaba que «el que vendrá» era otro, no como yo, ni como mamá ni como mi hermanita ni como papá, sino a que era como la gente de afuera, como los monstruos que mamá me ha dicho o como ese hombre del bigote. Malos, muy malos y entonces me asustaba y me escapaba corriendo, corriendo y veía cómo «el que vendrá» me seguía arrojándome piedras y gritándome monstruo a mí, y entonces, ya todo el edificio me asustaba y mi corazón latía pum, pum, pum, pum, pero no de contento, y llamaba con gemidos a mamá a mi hermanita y a papá y no venían, y entonces echaba de menos a mi lengua, otra vez, para pedir ayuda o para ahogarme y «el que vendrá» se acercaba para atacarme, para romperme en pedacitos, para reírse y reírse de que me hacía caca y pis encima. Y se burlaba de que mi mamá ya no me daba miel y yo lloraba mucho porque me aterraba bastante que «el que vendrá» fuese así de malo. Pero de todos lo que pensé mientras estaba solo, «el que vendrá» que más me gustaba era el que era

como mi hermanita. Venía con la lluvia y me decía vamos, yo te llevo conmigo para estar con mamá, allá, más allá, más lejos que el edificio, que los escombros, que el descampado con los perros gordos que nos rodean, más lejos que el parque con resbaladera y columpios, más lejos que el edificio blanco de azúcar donde los hombres le dan cariño a las niñas, y ella me señalaba un más allá que no alcanzaba a ver porque el agua que caía del cielo lo impedía y entonces ella me decía vamos, y yo me iba con ella, corriendo, con la locura de reírme explotando pero sin que nos detuviese para nada y seguíamos yendo hacia donde mamá nos esperaba para querernos tanto como una cordillera. Y cuando terminaba de pensar en eso, me volvía otra vez el miedo y yo allí solo, solito, comiendo a mamá, bebiendo agua del váter y sacándome el pañal para hacer pis y caca abajo, en los escombros, me quedaba temblando, mirando por la ventana temeroso. No sé cuánto pasó hasta que llegó «el que vendrá» a la puerta. Hubo sol, hubo noche, hubo sol otra vez y así no sé cuántas veces porque dormía mucho y no sabía cuándo era cuándo. Al verlo de pie, allí abajo, me di cuenta. Era uno de esos monstruos, esos que se divierten haciéndote sufrir y se ríen de lo que te duele. Como este hombre del bigote. Por eso lo esperé escondido y al verlo entrar le di muy fuerte, como me indicó mamá. Allí mismo cayó, pero mi golpe no fue suficiente, porque en el suelo siguió temblando como los gatos cuando yo no les pegaba bien. Volví a atacarle y tardó poco en quedarse quieto. Entonces empecé. Le arranqué parte de la ropa y primero mordí uno de sus brazos. Sabía fatal, pero yo seguí. Al rato pasé a la cara. El trozo que arranqué de su mejilla era blando y salado y dulce y amargo al mismo tiempo. Me dio asco, pero continué porque tenía mucha hambre y, además, porque los hombres malos son terribles y hay que desaparecerlos porque, si no, te maltratan y te pegan sin venir a cuento. O te gritan, como el hombre del bigote, que me habla feo sin importarle que yo gima todo meado y con caca en el pañal. Tampoco se compadece del hambre que tengo. Por eso, ahora, aquí, mientras todos me señalan y sus voces altas me confunden, yo echo de menos a mamá y a mi hermanita, y quiero verlas, y siento como viene esa explosión, esa tembladera de la locura de reírme y me caigo contento porque sé que voy a irme con ellas, y los mocos y las babas empiezan a salir y yo no paro, y yo sigo, doblado, al fin en el suelo, y siento cómo me falta el aire y me lleno de carcajadas, mientras escucho un pum, pum, pum, que crece, como cuando llueve o como suena mi corazón cuando estoy corriendo.

## Capítulo IV

SEÑOR... Sí, sí... escucho. Por supuesto, pero... No, no. Claro. Estoy de acuerdo. Las cosas prístinas, como siempre digo... Entiendo. Sí. ¿Eh?... Sí, sé cuánto es lo que falta, señor. ¿Qué? ¿Ah...? ¿Mi hijo? Le aseguro que... No. No, él no tiene nada que ver... Se lo prometo, señor. ¿Cómo? Sí, sí, estoy seguro... Exacto. Por supuesto, yo lo resolveré. Le aseguro que... No... No... Tres días, es poco tiempo, señor. Le pido diez, por lo menos. Pero es que... Ah... Comprendo perfectamente... Entiendo... Una semana, entonces. Lo prometo.

## Capítulo V

EL chicle seguía moviéndose de un lado a otro, bajo los molares, los premolares. Después de hablar con el niño, el chasquido de los dientes y la saliva se hicieron más lentos, más suaves, como si el reloj acuoso que antes marcaba el poco tiempo que le quedaba, de pronto hubiese cambiado de ritmo, hacia otro horario diferente. Para el gordo Fernández, era un alivio tener definida ya la otra salida.

Faltaba ejecutarla, llevarla a cabo hasta el final.

El dolor en la barriga también se hizo más llevadero. Hasta la herida en la mejilla cesó y solo quedaba un pequeño bulto inflamado en el interior de la boca.

Sonrió. Todo estaba tomando el cauce idóneo. La conversación con el niño fue breve.

—¿Gordo, estás seguro de que el gilipollas va a estar en el bar?

—Yo me ocupo de que vaya Ledesma.

—Vale. ¿Y su compañero?

—¿Elejalde?

—Sí, ese. ¿No será un problema?

—Lo detesta, coño. No, no será un problema.

El gordo Fernández guardó sus cuadernos azules. ¿Dónde, coño, estarían esos dos que le faltaban? Los buscaría con más ahínco después. Tenía que encontrarlos. De improviso, ella apareció en sus pensamientos. Allí, en aquella habitación blanca de puertas azules y cortinas de color perla. Prefería recordarla así, no como la última vez que la vio. No, así, no. El rostro desfigurado, el cabello rubio revuelto, y el dedo de él embadurnado de sangre, probando el sabor más íntimo de ella. No, así no quería acordarse de ella.

—Una putada lo de tu rubita, gordo —el niño apoyó la mano sobre su hombro.

No le respondió. Hizo un chasquido con los dientes. Prefirió cambiar de tema hacia lo más importante.

—¿Tus colegas estarán allí?

—Llegarán, gordo.

—¿Los de siempre?

—No, joder. Otros.

Si lo de Ledesma no funcionaba, estaba convencido de que el niño sería un problema mayúsculo. Hacerlo desaparecer sería imposible. Esa no era una opción. No. No lo era. La muerte del gilipollas de Ledesma tendría que servir. Debería hilar fino, sembrar adecuadamente todo. Porque ya sabía, si eran descubiertos, el niño sí tendría posibilidades de liberarse. Él, no.

—¿Conozco a tus amigos?

—No. Pero ellos a ti, sí.

—¿Y cómo sabré quiénes son?

—Serán los más alegres... Ya verás, gordo. Hablarán fuerte sobre un desfile de putas, para que no tengas dudas.

Estaba definido. Ledesma moriría en la calle Rodrigo Uhagón, lejos del bar. Apuñalado como si una pandilla de latinos hubiese acabado con él, quedaría cerca de los contenedores del supermercado.

—Gordo, mis colegas se ubicarán cerca de vosotros, para rodear al gilipollas. ¿Estás seguro de que él cargará con todo?

—Sí, coño —mintió.

No era tan fácil. Sembrar todas las cosas costaría mucho esfuerzo. Deberían también colocar una buena cantidad de dinero en la casa del cabo. ¿Estaba de acuerdo?

—Sí, gordo. ¿Cuánto?

Fijaron la cantidad. Al rato, se despidieron.

Al levantarse de su escritorio, escupió la bola de chicle en la papelera. La diminuta masa blanca y viscosa, salió de su boca disparada como una bala y se hundió entre los desperdicios. Tuvo la esperanza de que todo el lío desaparecería igual de rápido.

Muy pronto tendría que salir del país. ¿A dónde iría? No lo tenía decidido aún, pero debería hacerlo rápido. Imaginó a Ledesma tirado junto a los contenedores y sintió una gran curiosidad: ¿a qué sabría su sangre?

## Capítulo VI

—¿TENEMOS un acuerdo, entonces?

—Sí.

—¿Ves? Esto ha sido sencillo.

—...

—Los detalles, los afinaremos después.

—Claro.

—Cuando venga Elejalde, le explicas bien lo que debe hacer con los asuntos que dejas.

—Por supuesto.

—Agradecería mucho que se lo des todo prístino.

—Seguro.

—Como entenderás, te conviene que el traspaso sea satisfactorio.

—...

—Yo te ayudo, tú me ayudas... ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí...

—¿Sabes que mi hijo ya me lo ha contado todo...?

—Yo...

—Shhh...

—Es que...

—Mira, ya hemos llegado a un acuerdo...

—Pero...

—Shhhh... He dicho que hemos llegado un acuerdo... ¿Sí o no?

—Sí.

—A pesar de tu comportamiento...

—...

—...y de que convenciste a mi hijo para que hiciese está gilipollez de

negocio.

—No es cierto...

—Shhh... Mejor no hables...

—...

—No tiene sentido que mientas, gordo.

—...

—Ya todo está prístino, ahora.

—...

—Bien. Así está mejor. Ahora solo quiero que nos ahorres un poco el trabajo.

—Por supuesto.

—Anda, dime, gordo, entiendo que te cargases a casi todos tus socios y a tu rubita, pero, ¿por qué así?

—Yo...

—Cuidado con mentir.

—Pero...

—Shhh... Ya te he dicho que todo está prístino.

—...

—Vamos, gordo, habla...

—...

—Sobre todo, cuéntame, ¿por qué obligaste a tu loco calvo a que le hiciese todo eso a Ledesma?

## Capítulo VII

EN un piso ubicado en la localidad de Rivas Vaciamadrid, la Guardia Civil ha encontrado los restos de hasta tres cuerpos diferentes. Uno de los cadáveres correspondería a un agente de la Guardia Civil. Asimismo, se halló el brazo izquierdo de Borja González, cuyo cuerpo fue descubierto en las afueras de Majadahonda hace más de dos semanas. En el domicilio, también se encontraron los restos faltantes de la mujer cuyas partes fueron halladas en los días anteriores en las localidades de Mondéjar y de Arganda del Rey.

Según fuentes cercanas a la investigación, la identidad de la mujer correspondería a Susana García de 40 años

En el lugar del hallazgo se capturó a Rubén Peña quien aparentemente sufre de graves problemas mentales y que confesó con gestos haber cometido acto de canibalismo con las víctimas.

Rubén Peña, de 25 años, hijo de la mujer desaparecida, al parecer, según lo encontrado en la vivienda, descuartizó el cadáver de su madre y ocultó parte en la nevera para irlo devorando a lo largo de varios días. En dicha nevera, los agentes también encontraron congelado el brazo izquierdo de Borja González, cuyo cuerpo fue hallado en la zona de Río Guadarrama, a las afueras del municipio de Majadahonda más de dos semanas atrás.

Las mismas fuentes policiales confirmaron lo «demencial» de la escena, como señaló un agente tras la intervención del pasado viernes, por la madrugada. En el frigorífico había huesos descarnados, como si alguien les hubiera arrancado la carne a mordiscos. Otros restos estaban cortados y troceados de distintas formas.

Pero la parte más brutal de la escena, corresponde a los restos hallados del agente de la Guardia Civil, quien presuntamente fue asesinado por Rubén Peña, quien, además, empezó a devorarlo en el acto.

La brutalidad de los hechos aumenta conforme se conocen más datos de un



suceso sobre el que se ha ordenado el secreto de sumario. Ni el lunes ni el martes hubo nuevas diligencias judiciales, según informó el gabinete de prensa del Tribunal Superior de Justicia.

Los análisis, los testimonios y las pruebas periciales que reclame cada parte servirán para determinar cómo se produjeron los homicidios y quién fue su responsable o responsables, además de buscar un porqué de difícil resolución en crímenes de estas características. Una vez concluida la instrucción y cerradas las imputaciones delictivas, se celebrará un juicio penal.

#### EN RIVAS VACIAMADRID

En la vivienda ubicada en el 4ºC del 1 de la calle Sócrates Saldívar de Rivas Vaciamadrid, además del presunto parricida Rubén Fernández de 25 años, vivían también Susana García de 40 años y su hija Rocío García de 11 años, cuyos restos fueron hallados en el distrito de Usera la pasada semana.

#### IMPLICADOS

Rubén Peña, el presunto caníbal y responsable de los homicidios, quien se encontraba recluido en el centro penitenciario en observación y con las medidas de protección correspondientes, falleció repentinamente en un ataque durante los interrogatorios el día de ayer.

De momento, no hay mayor información al respecto, pero ha trascendido desde fuentes oficiales que por todos los asesinatos, se encuentra detenido también el agente de la guardia civil Carlos Fernández, presuntamente, autor intelectual de los crímenes y cómplice del parricida.

## Capítulo VIII

DANI Güiza tiene campo ahí. Ya va la segunda línea de mediocampistas, con Fábregas, con Silva y con Iniesta. Y además se suma Ramos, incansable todo el partido de hoy. Fábregas toca y Güizaaaaaaaaaaaa... Todos saltan en el bar. ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! ¡Goooooooooooool! Tenía que llegar el segundo, sí, señor, dice un comentarista. Teníamos que rematar a Rusia. Y ahora sí, España dos y Rusia ceroooooo. ¡La final, la final el domingo ante Alemania ya es un hecho!

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

El sargento mira el móvil.

Paciencia. Paciencia.

—Coño, ¡qué golazo! —se alegra el gordo Fernández y derrama la cerveza.

—Ya limpio, Carlitos, no te preocupes.

—¡Y trae otra cosa más para picar, Rafa! Un plato para elefantes, no te olvides.

—Claro, claro.

Los cánticos, cambian, se mezclan.

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

Afuera, por el ventanal, el sargento observa cómo el árbol sin hojas que parece una mano cadavérica se retuerce. La bandera española se ondea.

El partido se reanuda. Los jugadores rusos no bajan los brazos, pero ya queda muy poco, señores. Minuto setenta y cinco. El domingo nos espera

Alemania.

Vuelve a mirar el teléfono. El móvil del cabo no da señales de vida.

—¡Estás chalado, Ledesma!

—...

El sargento observa la alegría, la euforia que le rodea y se da cuenta de que este bar le gusta más de lo que jamás admitirá en voz alta, pero, claro, no así, con tanta gente.

—Aquí les dejo dos cañas más, Paquito.

—Es un cachondo este —el gordo Fernández bufaba mirando la tapa—. Mira lo que nos ha traído. Esto ni de coña es un plato para elefantes. A Rafa hay que cobrarle más.

—Ese no es tu asunto.

—Claro, hombre. No te mosquees.

—¿Estás seguro, Ledesma, de que esos dígitos son coordenadas?

—No, sargento. Tal vez sean otra cosa.

—¿Entonces?

—Igual voy a mirar.

Elejalde observa el reloj.

Son casi las 10:20 de la noche.

Iniesta da un pase largo lateral a Fábregas que gana metros. Ahí... Ahí... Silva corre por el centro. Va detrás Capdevila. Silva. Silvaaaaaaa. ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! ¡Goooooooooooooooooool! Ahora sí, sin ninguna duda, estamos en la final, señores. En el minuto ochenta y uno acaba de marcar Siiiiiiiiilva. ¡Qué jugada de España! ¡Qué segunda parte! ¡Qué locura de partido! España tres, Rusia cero.

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

De pronto vibra el teléfono. El nombre de Ledesma aparece en la pantalla del móvil.

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

—¡Diga! —el sargento pega el teléfono a su oído y aguarda atento.

Al otro lado, escucha una voz hueca. Por el bullicio, apenas logra percibir unos sonidos guturales, ininteligibles.

—¡Joder! —gruñe.

El gordo Fernández se gira y le muestra su rostro porcino.

—¿Qué sucede?

—¡Es Ledesma! —el sargento grita para que le oiga por encima del ruido que les inunda—. ¡Necesita ayuda!

—¡Coño! —el gordo observa nervioso a los chicos del bar que gritan y saltan—. ¿Pero va a venir?

—¡Joder! —es lo único que responde el sargento mientras sale rápidamente del bar.

¡Final! ¡Final del partido! Se acabó. España está en la final, señores. ¡Qué equipo! ¡Qué gran juego!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

—¡Saltad, troncos!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

¡Yo soy español, español, español!

¡Yo soy español, español, español!

Oeeee... Oe oe oooooooooooooo...

—¡Adiós, Paquito! —se despide el barman, pero Elejalde no alcanza a oírle.

Llama al cuartel y da la alerta mientras camina por la vereda a oscuras, con pasos veloces. Piensa en Ledesma. En todas partes hay gritos, saltos, cánticos. La ovación le rodea. Cruza la avenida Marcelo Usera y se dirige hacia la calle donde aparcó el coche. Las luces de la esquina lo iluminan.

—Joder —vuelve a murmurar.

Sube, enciende el motor y parte. Rumbo a Rivas Vaciamadrid, percibe cómo su corazón late apresuradamente. Es consciente de que el vacío será aún mayor. Inmenso.

Es más, ya empieza a sentir esto incluso ahora.

Es una oquedad que sube desde su estómago y le absorbe, le devora por dentro. Es una sensación extraña, nueva para él. Jamás le había sucedido algo semejante en todos estos años.

Trata de serenarse. Vuelve a recordar al cabo.

—Joder, Ledesma. Si vas a acercarte a esa dirección, que sea hoy. Y ni cuentas conmigo para esto. Eso sí, te advierto, que mañana te obligaré a dejar de lado esta gilipollez. ¿Me oyes?

—Sí, sargento.

—¿Te ha quedado claro?

—Sí, sargento. Voy a ir en la tarde. A la hora de comer.

—Tú verás, Ledesma. Pero que no pase de hoy.

—Me acerco a mirar y le informo, como siempre, sargento.

Respira profundamente, la mirada atenta en la carretera. Afuera, la noche azul, cargada de estrellas le va tranquilizando.

Mientras enrumba por la autopista A3 hacia el lugar de los hechos, intenta ser meticuloso una vez más. Por ella, sobre todo, por ella. Estaba orgullosa de él. No. No podía defraudarle. Acabará esta investigación como es debido. Después de todo, jamás ha dejado ningún caso de asesinato sin su respectivo inculpado en prisión. Por eso mismo hace un repaso por si se le ha pasado algo. Pero no. Piensa en los cadáveres, en los diferentes restos, en las pruebas, en los pocos hallazgos de la Científica.

En breve, ya lo sabe, como lo tenía previsto, arrestarán al gordo Fernández. Encontrarán su ADN, sus huellas, su ropa, dinero oculto en ese viejo edificio y hasta dos de sus cuadernos azules. La policía tendrá al asesino, el capitán, al ladrón que los jodía; y él, el sargento Elejalde, se hará cargo de los negocios de ese cerdo. Todos ganan. Tiempo al tiempo. Paciencia. Paciencia. Sonríe. Sabe que este beneficio se lo merece desde hace mucho. Al menos es una satisfacción extra de lo que lleva construyendo durante tantos años.

Dentro de todo, solo le inspiran algo de consideración Rocío y Ledesma. Ambos eran un poco inocentes.

Avanza por la autopista casi desierta.

Echa de menos a Susana. Fueron casi diez años. Una compañera semejante no se encuentra así nomás en este mundo. Menos una que esté, además, dispuesta a compartir su existencia con uno por un proyecto vital de largo aliento.

Diecinueve, diecinueve, murmura con las manos fijas en el volante. Comprende que le tocará empezar de nuevo. Volverá a tirar el dado. El icosaedro. ¿Qué número saldrá esta vez? ¿Y si es uno grande? ¿Cuántos años tardará? ¿Diez? ¿Doce, quizás? ¿Y quién será el primero? El barman, Rafa, tal vez. Es muy probable, porque casi lo tiene decidido. Aunque de momento, no importa. Sabe que tiene que esperar un buen tiempo. Es consciente de que sin ella, todo será más difícil. Bastante. La echa de menos... Y esa sensación extraña, el vacío en el estómago, regresa.

Ahora que está a punto de llegar, ve dos coches patrulla y no puede evitar emocionarse. Entonces, mira otra vez el cielo poblado de estrellas y recuerda el Volkswagen azul y a Susana y a él, el día que se conocieron, cuando juntos, muy juntos, recostados en los asientos delanteros, observaban aquella noche invertida llena de puntitos negros.

# Table of Contents

## DIECINUEVE

Créditos

Dedicatoria

Epígrafe

## UNO

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

## DOS

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

## TRES

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

## CUATRO

Capítulo I

[Capítulo II](#)  
[Capítulo III](#)  
[Capítulo IV](#)  
[Capítulo V](#)  
[Capítulo VI](#)  
[Capítulo VII](#)  
[Capítulo VIII](#)  
[Capítulo IX](#)  
[Capítulo X](#)

[CINCO](#)

[Capítulo I](#)  
[Capítulo II](#)  
[Capítulo III](#)  
[Capítulo IV](#)  
[Capítulo V](#)  
[Capítulo VI](#)  
[Capítulo VII](#)  
[Capítulo VIII](#)